

# Cuba por argentinos

JULIO CORTAZAR  
JUAN GELMAN  
LEOPOLDO MARECHAL  
DALMIRO SAENZ  
FRANCISCO URONDO  
JOSE VAZELLES  
RODOLFO WALSH

Cuba por argentinos



COLECCION TIEMPOS MODERNÓS

# CUBA POR ARGENTINOS

JULIO CORTÁZAR

JUAN GELMAN

LEOPOLDO MARECHAL

DALMIRO SAENZ

FRANCISCO URONDO

JOSÉ VAZEILLES

RODOLFO WALSH

EDITORIAL MERLÍN

## CARTA A FERNÁNDEZ RETAMAR

JULIO CORTÁZAR

Mi querido Roberto:

Te debo una carta, y unas páginas para el número de la revista que tratará de la situación del intelectual latinoamericano contemporáneo. Por lo que verás a renglón casi seguido, me resulta más sencillo unir ambas cosas; hablando contigo, aunque sólo sea desde un papel por encima del mar, me parece que alcanzaré a decir mejor algunas cosas que se me almidonarían si les idera el tono del ensayo, y tú ya sabes que el almidón y yo no hacemos buenas camisas. Digamos entonces que una vez más estamos viajando en auto rumbo a Trinidad y que después de habernos apoderado con gran astucia de los dos mejores asientos, con probable cólera de Mario, Ernesto y Fernando apiñados en el fondo, reanudamos aquella conversación que me valió pasar tres maravillosos días en enero últi-

Tapa:  
SERGIO CAMPOREALE

© EDITORIAL MERLÍN, 1968.  
Buenos Aires, Argentina - Hecho el depósito que marca la ley 11.723. Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

mo, y que de alguna manera no se interrumpirá jamás entre tú y yo.

Prefiero este tono porque palabras como "intelectual" y "latinoamericano" me hacen levantar instintivamente la guardia, y si además aparecen juntas me suenan en seguida a disertación del tipo de las que terminan casi siempre encuadradas (iba a decir enterradas) en pasta española. Súmale a eso que llevo dieciséis años fuera de Latinoamérica, y que me considero sobre todo como un cronopio que escribe cuentos y novelas sin otro fin que el perseguido ardentemente por todos los cronopios, es decir su regocijo personal. Tengo que hacer un gran esfuerzo para comprender que a pesar de esas peculiaridades soy un intelectual latinoamericano; y me apresuro a decirte que si hasta hace pocos años esa clasificación despertaba en mí el reflejo muscular consistente en elevar los hombros hasta tocarme las orejas, creo que los hechos cotidianos de esta realidad que nos agobia (¿realidad esta pesadilla irreal, esta danza de idiotas al borde del abismo?) obligan a suspender los juegos, y sobre todo los juegos de palabras. Acepto, entonces, considerarme un intelectual latinoamericano, pero mantengo una reserva: no es por serlo que diré lo que quiero decirte aquí. Si las circunstancias me sitúan en este contexto y dentro de él debo hablar, pre-

fiero que se entienda claramente que lo hago como un ente moral, digamos lisa y llanamente como un hombre de buena fe, sin que mi nacionalidad y mi vocación sean las razones determinantes de mis palabras. El que mis libros estén presentes desde hace años en latinoamérica no invalida el hecho deliberado e irreversible de que me marché de la Argentina en 1951, y que sigo residiendo en un país europeo que elegí sin otro motivo que mi soberana voluntad de vivir y escribir en la forma que me parecía más plena y satisfactoria. Hechos concretos me han movido en los últimos cinco años a reanudar un contacto personal con latinoamérica, y ese contacto se ha hecho por Cuba y desde Cuba; pero la importancia que tiene para mí ese contacto no se deriva de mi condición de intelectual latinoamericano; al contrario, me apresuro a decirte que nace de una perspectiva mucho más europea que latinoamericana, y más ética que intelectual. Si lo que sigue ha de tener algún valor, debe nacer de una total franqueza, y empiezo por señalárselo a los nacionalistas de escarapela y banderita que directa o indirectamente me han reprochado muchas veces mi "alejamiento" de mi patria, en todo caso mi negativa a reintegrarme físicamente a ella.

En última instancia tú y yo sabemos de sobra que el problema del intelectual contemporáneo

es uno solo, el de la paz fundado en la justicia social y que las pertenencias sociales de cada uno subdividen las cuestión sin quitarle su carácter básico. Pero es aquí donde un escritor alejado de su país se sitúa forzosamente en una perspectiva diferente. Al margen de la circunstancia local, sin la inevitable dialéctica del *challenge and response* cotidianos que representan los problemas políticos, económicos o sociales del país, y que exigen el compromiso inmediato de todo intelectual consciente, su sentimiento del proceso humano se vuelve por decirlo así más planetario, opera por conjuntos y por síntesis, y si pierde la fuerza concentrada en un contexto inmediato, alcanza en cambio una lucidez a veces insoportable pero siempre esclarecedora. Es obvio que desde el punto de vista de la mera información mundial, da casi lo mismo estar en Buenos Aires que en Washington o en Roma, vivir en el propio país o fuera de él. Pero aquí no se trata de información sino de visión. Como revolucionario cubano, sabes de sobra hasta qué punto los imperativos locales, los problemas cotidianos de tu país, forman por así decirlo el primer círculo vital en el que debes obrar e incidir como escritor, y que ese primer círculo en el que se juega tu vida y tu destino personal a la par de la vida y el destino de tu pueblo, es a la vez contacto

y barrera con el resto del mundo, contacto porque tu batalla es la de la humanidad, barrera porque en la batalla no es fácil atender a otra cosa que a la línea de fuego.

No se me escapa que hay escritores con plena responsabilidad de su misión nacional que bregan a la vez por algo que la rebasa y la universaliza; pero bastante más frecuente es el caso de los intelectuales que, sometidos a ese condicionamiento circunstancial, actúan por así decirlo desde fuera hacia adentro, partiendo de ideales y principios universales para circunscribirlos a un país, a un idioma, a una manera de ser. Desde luego no creo en los universalismos diluidos y teóricos, en las "ciudadanías del mundo" entendidas como un medio para evadir las responsabilidades inmediatas y concretas —Vietnam, Cuba, toda latinoamérica—, en nombre de un universalismo más cómodo por menos peligroso; sin embargo, mi propia situación personal me inclina a participar en lo que nos ocurre a todos, a escuchar las voces que entran por cualquier cuadrante de la rosa de los vientos. A veces me he preguntado qué hubiera sido de mi obra de haberme quedado en la Argentina; sé que hubiera seguido escribiendo porque no sirvo para otra cosa, pero a juzar por lo que llevaba hecho hasta el momento de marcharme de mi país, me inclino a suponer que habría

seguido la concurrida vía del escapismo intelectual que era la mía hasta entonces y sigue siendo la de muchísimos intelectuales argentinos de mi generación y mis gustos. Si tuviera que enumerar las causas por las que me alegro de haber salido de mi país (y quede bien claro que hablo por mí solamente, y de ninguna manera a título de parangón) creo que la principal sería el haber seguido desde Europa, con una visión desnacionalizada, la revolución cubana. Para afirmarme en esta convicción me basta, de cuando en cuando, hablar con amigos argentinos que pasan por París con la más triste ignorancia de lo que verdaderamente ocurre en Cuba; me basta hojear los periódicos que leen veinte millones de compatriotas: me basta y me sobra sentirme a cubierto de la influencia que ejerce la información norteamericana en mi país y de la que no se salvan, incluso creyéndolo sinceramente, infinidad de escritores y artistas argentinos de mi generación que comulgan todos los días con las ruedas de molino subliminales de la United Press y las revistas "democráticas" que marchan al compás de *Time* o de *Life*.

Aquí ya puedo hablar en primera persona, puesto que de eso se trata en los testimonios que nos has pedido. Lo primero que diré es una paradoja que puede tener su valor si se la mide a la luz de los párrafos anteriores en que he

tratado de situarme y situarte mejor. ¿No te parece en verdad paradójico que un argentino casi enteramente volcado hacia Europa en su juventud, al punto de quemar las naves y venirse a Francia, sin una idea precisa de su destino, haya descubierto aquí, después de una década, su verdadera condición de latinoamericano? Pero esta paradoja abre una cuestión más honda: la de si no era necesario situarse en la perspectiva más universal del viejo mundo, desde donde todo parece poder abarcarse con una especie de ubicuidad mental, para ir descubriendo poco a poco las verdaderas raíces de los latinoamericanos, sin perder por eso la visión global de la historia y del hombre. La edad, la madurez, influyen desde luego, pero no bastan para explicar ese proceso de reconciliación y recuperación de valores originales; insisto en creer (y en hablar por mí mismo y sólo por mí mismo) que si me hubiera quedado en la Argentina, mi madurez de escritor se hubiera traducido de otra manera, probablemente más perfecta y satisfactoria para los historiadores de la literatura, pero ciertamente menos incitadora, provocadora y en última instancia fraternal para aquellos que leen mis libros por razones vitales y no con vistas a la ficha bibliográfica o la clasificación estética. Aquí quiero agregar que de ninguna manera me creo un ejemplo

de esa "vuelta a los orígenes" —telúricos, nacionales, lo que quieras— que ilustra precisamente una importante corriente de la literatura latinoamericana, digamos *Los pasos perdidos* y, más circunscritamente, *Doña Bárbara*. El telurismo como lo entiende entre ustedes un Samuel Feijóo, por ejemplo, me es profundamente ajeno por estrecho, parroquial y hasta diría aldeano; puedo comprenderlo y admirarlo en quienes no alcanzan, por razones múltiples, una visión totalizadora de la cultura y de la historia, y concretan todo su talento en una labor "de zona", pero me parece un preámbulo a los peores avances del nacionalismo negativo cuando se convierte en el credo de escritores que casi siempre por falencias culturales, se obstinan en exaltar los valores del terruño contra los valores a secas, el país contra el mundo, la raza (porque en eso se acaba) contra las demás razas. ¿Podrías tú imaginarte a un hombre de la latitud de un Alejo Carpentier convirtiendo la tesis de su novela citada en una inflexible bandera de combate? Desde luego que no, pero los hay que lo hacen, así como circunstancias de la vida de los pueblos en que ese sentimiento del retorno, ese arquetipo casi junguiano del hijo pródigo, de Odiseo al final del periplo, puede derivar a una exaltación tal de lo propio que, por contragolpe lógico, la vía del desprecio más insen-

sato se abra hacia todo lo demás. Y entonces ya sabemos lo que pasa, lo que pasó hasta 1945, lo que puede volver a pasar.

Quedamos, entonces, para volver a mí que soy desganadamente el tema de estas páginas, que la paradoja de redescubrir a distancia lo latinoamericano entraña un proceso de orden muy diferente a una arrepentida y sentimental vuelta al pago. No solamente no he vuelto al pago, sino que Francia, que es mi casa, me sigue pareciendo el lugar de elección para un temperamento como el mío, para mis gustos y, espero, para lo que pienso todavía escribir antes de dedicarme a la vejez, tarea complicada y absorbente como es sabido. Cuando digo que aquí me fue dado descubrir mi condición de latinoamericano, indico tan sólo una de las consecuencias de una evolución más compleja y abierta. Esta no es una autobiografía, y por eso resumiré esa evolución en el mero apunte de sus etapas. De la Argentina se alejó un escritor para quien la realidad, como lo imaginaba Mallarmé, debía culminar en un libro; en París nació un hombre para quien los libros deberán culminar en la realidad. Ese proceso comportó muchas batallas, derrotas, traiciones y logros parciales. Empecé por tener conciencia de mi prójimo, en un plano sentimental y por decirlo así antropológico; un día desperté en Francia a la eviden-

cia abominable de la guerra de Argelia, yo que de muchacho había seguido la guerra de España y más tarde la Guerra Mundial como una cuestión en la que lo fundamental eran principios e ideas en lucha. En 1957 empecé a tomar conciencia de lo que pasaba en Cuba (antes había noticias periodísticas de cuando en cuando, vaga noción de una dictadura sangrienta como tantas otras, ninguna participación afectiva a pesar de la adhesión en el plano de los principios). El triunfo de la revolución cubana, los primeros años del gobierno, no fueron ya una mera satisfacción histórica o política; de pronto sentí otra cosa, una encarnación de la causa del hombre como por fin había llegado a concebirla y deseala. Comprendí que el socialismo, que hasta entonces me había parecido una corriente histórica aceptable e incluso necesaria, era la única corriente de los tiempos modernos que se basaba en el hecho humano esencial, en el ethos tan elemental como ignorado por las sociedades en que me tocaba vivir, en el simple, inconcebiblemente difícil y simple principio de que la humanidad empezará verdaderamente a merecer su nombre el día en que haya cesado la explotación del hombre por el hombre. Más allá no era capaz de ir, porque como te lo he dicho y probado tantas veces, lo ignoro todo de la filosofía política, y no llegué

a sentirme un escritor de izquierda a consecuencia de un proceso intelectual sino por el mismo mecanismo que me hace escribir como escribo o vivir como vivo, un estado en el que la intuición, la participación al modo mágico en el ritmo de los hombres y las cosas, decide mi camino sin dar ni pedir explicaciones. Con una simplificación demasiado maniquea puedo decir que así como tropiezo todos los días con hombres que conocen a fondo la filosofía marxista y actúan sin embargo con una conducta reaccionaria en el plano personal, a mí me sucede estar empapado por el peso de toda una vida en la filosofía burguesa, y sin embargo me interno cada vez más por las vías del socialismo. Y no es fácil, y ésa es precisamente mi situación actual por la que se pregunta en esta encuesta. Un texto mío que publicaste hace poco en la revista, "Casilla del camaleón", puede mostrar una parte de ese conflicto permanente de un poeta con el mundo, de un escritor con su trabajo.

Pero para hablar de mi situación como escritor que ha decidido asumir una tarea que considera indispensable en el mundo que lo rodea, tengo que completar la síntesis de ese camino que llegó a su fin con mi nueva conciencia de la revolución cubana. Cuando fui invitado por primera vez a visitar tu país, acababa de leer

*Cuba, isla profética*, de Waldo Frank, que resonó extrañamente en mí, despertándome a una nostalgia, a un sentimiento de carencia, a un no estar verdaderamente en el mundo de mi tiempo, aunque en esos años mi mundo parisiense fuera tan pleno y exaltante como lo había deseado siempre y lo había conseguido después de más de una década de vida en Francia. El contacto personal con las realizaciones de la revolución, la amistad y el diálogo con escritores y artistas, lo positivo y lo negativo que vi y compartí en ese primer viaje actuaron doblemente en mí; por un lado tocaba otra vez la realidad latinoamericana de la que tan alejado me había sentido en el terreno personal, y por otro lado asistía cotidianamente a la dura y a veces desesperada tarea de edificar el socialismo en un país tan poco preparado en muchos aspectos y tan abierto a los riesgos inminentes.

Pero entonces sentí que esa doble experiencia no era doble en el fondo, y ese brusco descubrimiento me deslumbró. Sin razonarlo, sin análisis previo, viví de pronto el sentimiento maravilloso de que mi camino ideológico coincidiera con mi retorno latinoamericano; de que esa revolución, la primera revolución socialista que me era dado seguir de cerca, fuera una revolución latinoamericana. Guardo la esperanza de que en mi segunda visita a Cuba, tres

años más tarde, te haya mostrado que ese deslumbramiento y esa alegría no se quedaron en mero goce personal. Ahora me sentía situado en un punto donde convergían y se reconciliaban mi convicción en un futuro socialista de la humanidad y mi regreso individual y sentimental a una Latinoamérica de la que me había marchado sin mirar hacia atrás muchos años antes.

Cuando regresé a Francia luego de esos dos viajes, comprendí mejor dos cosas. Por una parte, mi hasta entonces vago compromiso personal e intelectual con la lucha por el socialismo entraría, como ha entrado, en un terreno de definiciones concretas, de colaboración personal allí donde pudiera ser útil. Por otra parte, mi trabajo de escritor continuaría el rumbo que le marca mi manera de ser, y aunque en algún momento pudiera reflejar ese compromiso (como algún cuento que conoces y que ocurre en tu tierra) lo haría por las mismas razones de libertad estética que ahora me están llevando a escribir una novela que ocurre prácticamente fuera de tiempo y del espacio histórico. A riesgo de decepcionar a los catequistas y a los propugnadores del arte al servicio de las masas, sigo siendo ese cronopio que, como lo decía al comienzo, escribe para su regocijo o sufrimiento personal, sin la menor concesión, sin obligaciones "latino-

americanas” o “socialistas” entendidas como *a priori* pragmáticos. Y es aquí donde lo que traté de explicar al principio encuentra, creo, su justificación más profunda. Sé de sobra que vivir en Europa y escribir “argentino” escandaliza a los que exigen una especie de asistencia obligatoria a clase por parte del escritor. Una vez que para mi considerable estupefacción un jurado insensato me otorgó un premio en Buenos Aires, supe que alguna célebre novelista de esos pagos había dicho con patriótica indignación que los premios argentinos deberían darse solamente a los residentes en el país. Esta anécdota sintetiza en su considerable estupidez una actitud que alcanza a expresarse de muchas maneras pero que tiende siempre al mismo fin; incluso en Cuba, donde poco podría importar si habito en Francia o en Islandia, no han faltado los que se inquietan amistosamente por ese supuesto exilio. Como la falsa modestia no es mi fuerte, me asombra que a veces no se advierta hasta qué punto el eco que han podido despertar mis libros en latinoamérica se deriva de que proponen una literatura cuya raíz nacional y regional está como potenciada por una experiencia más abierta y más compleja, y en la que cada evocación o recreación de lo originalmente mío alcanza su extrema tensión gracias a esa apertura sobre y desde un mundo que lo

rebase y en último extremo lo elige y lo perfecciona. Lo que entre ustedes ha hecho un Lezama Lima, es decir, asimilar y cubanizar por vía exclusivamente libresca y de síntesis mágico-poética los elementos más heterogéneos de una cultura que abarca desde Parménides hasta Serge Diaghilev, me ocurre a mí hacerlo a través de experiencias tangibles, de contactos directos con una realidad que no tiene nada que ver con la información o la erudición, pero que es su equivalente vital, la sangre misma de Europa. Y si Lezama puede afirmar, como acaba de hacerlo Vargas Llosa en un bello ensayo aparecido en la revista *Amaru*, que su cubanidad se afirma soberana por esa asimilación de lo extranjero a los jugos y a la voz de su tierra, yo siento que también la argentinidad de mi obra ha ganado en vez de perder por esa ósmosis espiritual en la que el escritor no renuncia a nada, no traiciona nada, sino que sitúa su visión en un plano desde donde sus valores originales se insertan en una trama infinitamente más amplia y más rica y por eso mismo —como de sobra lo sé yo aunque otros lo nieguen— ganan a su vez en amplitud y riqueza, *se recobran* en lo que pueden tener de más hondo y de más valedero.

Por todo esto, comprenderás que mi “situación” no solamente me preocupa en el plano personal sino que estoy dispuesto a seguir sien-

do un escritor latinoamericano en Francia. A salvo por el momento de toda coacción, de la censura o la autocensura que traba la expresión de los que viven en medios políticamente hostiles o condicionados por circunstancias de urgencia, mi problema sigue siendo, como debiste sentirlo al leer *Rayuela*, un problema metafísico, un desgarramiento continuo entre el monstruoso error de ser lo que somos como individuos y como pueblos en este siglo, y la entrevisión de un futuro en el que la sociedad humana culminaría por fin en ese arquetipo del que el socialismo da una visión práctica y la poesía una visión espiritual. Desde el momento en que tomé conciencia del hecho humano esencial, esa búsqueda representa mi compromiso y mi deber. Pero ya no creo como pude cómodamente creerlo en otro tiempo, que la literatura de mera creación imaginativa baste para sentir que me he cumplido como escritor, puesto que mi noción de esa literatura ha cambiado y contiene en sí el conflicto entre la realización individual como la entendía el humanismo, y la realización colectiva como la entiende el socialismo, conflicto que alcanza su expresión quizá más desgarradora en el *Marat-Sade* de Peter Weiss. Jamás escribiré expresamente para nadie, minorías o mayorías, y la repercusión que tengan mis libros será siempre un fenómeno

accesorio y ajeno a mi tarea; y sin embargo hoy sé que escribo *para*, que hay una intencionalidad que apunta a esa esperanza de un lector en el que reside ya la semilla del hombre futuro. No puedo ser indiferente al hecho de que mis libros hayan encontrado en los jóvenes latinoamericanos un eco vital, una confirmación de latencias, de vislumbres, de aperturas, hacia el misterio y la extrañeza y la gran hermosura de la vida. Sé de escritores que me superan en muchos terrenos y cuyos libros, sin embargo, no entablan con los hombres de nuestras tierras el combate fraternal que libran los míos. La razón es simple, porque si alguna vez se pudo ser un gran escritor sin sentirse partícipe del destino histórico inmediato del hombre, en este momento no se puede escribir sin esa participación que es responsabilidad y obligación, y sólo las obras que la trasuntan, aunque sean de pura imaginación, aunque inventen la infinita gama lúdica de que es capaz el poeta y el novelista, aunque jamás apunten directamente a esa participación, sólo ellas contendrán de alguna manera indecible ese temblor, esa presencia, esa atmósfera que las hace reconocibles y entrañables, que despierta en el lector un sentimiento de contacto y cercanía.

Si esto no es aún suficientemente claro, dé-

jame completarlo con un ejemplo. Hace veinte años veía yo en Paul Valéry al más alto exponente de la literatura occidental. Hoy continúo admirando al gran poeta y ensayista, pero ya no representa para mí ese ideal. No puede representarlo quien a lo largo de toda una vida consagrada a la meditación y a la creación, ignoró soberanamente (y no sólo en sus escritos) los dramas de la condición humana que en esos mismos años se abrían paso en la obra epónima de un André Malraux y, desgarrada y contradictoriamente, pero de una manera admirable precisamente por ese desgarramiento y esas contradicciones, en un André Gide. Insisto en que a ningún escritor le exijo que se haga tribuno de la lucha que en tantos frentes se está librando contra el imperialismo en todas sus formas, pero sí que sea *testigo* de su tiempo como lo querían Martínez Estrada y Camus, y que su obra o su vida (¿pero cómo separarlas?) den ese testimonio en la forma que les sea propia. Ya no es posible respetar como se respetó en otros tiempos al escritor que se refugiaba en una libertad mal entendida para dar la espalda a su propio signo humano, a su pobre y maravillosa condición de hombre entre hombres, de privilegiado entre desposeídos y martirizados.

Para mí, Roberto, y con esto terminaré, nada

de eso es fácil. El lento, absorbente, infinito y egoísta comercio con la belleza y la cultura, la vida en un continente donde unas pocas horas me ponen frente a los frescos de Giotto o los Velázquez del Prado, en la curva del Rialto del Gran Canal o en las salas londinenses donde se diría que las pinturas de Turner vuelven a inventar la luz, la tentación cotidiana de volver como en otros tiempos a una entrega total y fervorosa a los problemas estéticos e intelectuales, a la filosofía abstracta, a los altos juegos del pensamiento y de la imaginación, a la creación sin otro fin que el placer de la inteligencia y de la sensibilidad, libran en mí una interminable batalla con el sentimiento de que nada de todo eso se justifica éticamente si al mismo tiempo no se está abierto a los problemas vitales de los pueblos, si no se asume decididamente la condición de intelectual del tercer mundo en la medida en que todo intelectual, hoy en día, *pertenece potencial o efectivamente al tercer mundo puesto que su sola vocación es un peligro, una amenaza, un escándalo para los que apoyan lenta pero seguramente el dedo en el gatillo de la bomba.* Ayer en *Le Monde*, un cable de la UPI transcribía declaraciones de Robert Mc Namara. Textualmente, el Secretario norteamericano de la defensa (¿de qué defensa?), dice esto: "Estimamos que la explosión de

un número relativamente pequeño de ojivas nucleares en cincuenta centros urbanos de China, destruiría la mitad de la población urbana (más de cincuenta millones de personas) y más de la mitad de la población industrial. Además, el ataque exterminaría a un gran número de personas que ocupan puestos clave en el gobierno, en la esfera técnica y en la dirección de las fábricas, así como una gran proporción de obreros especializados." Cito ese párrafo porque pienso que, después de leerlo, un escritor digno de tal nombre no puede volver a sus libros como si no hubiera pasado nada, no puede seguir escribiendo con el confortable sentimiento de que su misión se cumple en el mero ejercicio de una vocación de novelista, de poeta o de dramaturgo. Cuando leo un párrafo semejante, sé cuál de los dos elementos de mi naturaleza ha ganado la batalla. Incapaz de acción política, no renuncio a mi solitaria vocación de cultura, a mi empecinada búsqueda ontológica, a los juegos de la imaginación en sus planos más vertiginosos; pero todo eso no gira ya en sí mismo y por sí mismo, no tiene ya nada que ver con el cómodo humanismo de los mandarines de occidente. En lo más gratuito que yo pueda escribir asomará siempre una voluntad de contacto con el presente histórico del hombre, una participación en su larga marcha hacia lo me-

por de sí mismo como colectividad y humanidad. Estoy convencido de que sólo la obra de aquellos intelectuales que respondan a esa pulsión y a esa rebeldía se encarnará en las conciencias de los pueblos y justificará con su acción presente y futura este oficio de escribir para el que hemos nacido.

Un abrazo muy fuerte de tu

JULIO

¡CUBA, qué linda es Cuba! Quien la defiende la quiere más. Con esta letra de una canción popular cubana inicio mi reportaje a la isla de Fidel Castro y a la experiencia económico-social más fascinante que se haya dado en esta segunda mitad del siglo. Cuando la “Casa de las Américas” me invitó a visitar la patria de Martí como jurado de su certamen anual de literatura, me asombré primero, naturalmente:

“¿Cómo puede ser —me dije— que un estado marxista-leninista —como se autotitula él mismo— invite a un cristiano viejo, como yo, que además es un antiguo ‘justicialista’ u hombre de tercera posición?”

Y decidí viajar a la isla en busca de respuestas a esa pregunta y a otras que yo me había formulado acerca de un pequeño país del Caribe sobre el cual gravitan leyendas negras y leyendas blancas, miedos y amores tal vez prefabricados. Entre las cosas de mi equipaje llevaba

dos aforismos de mi cosecha, muy útiles para estos casos: 1º “Hombre soy, y nada que sea humano me asusta”; y 2º “El miedo nace de la ignorancia: es necesario conocer para no temer”.

Cuba, nación bloqueada, tiene aún dos puer-  
tas exteriores de acceso a su territorio: una es la ciudad de Praga y otra la ciudad de México. Las pomposamente dichas “Líneas cubanas de aviación” cumplen el esfuerzo heroico de unir la isla con esos dos puntos, mediante sólo cuatro aviones Britannia, de 1958, que hacen prodigios con sus cuatro turbo hélices, evitando los cielos hostiles del “capitalismo”, haciendo escalas riesgosas en un aeropuerto helado de Terranova (Gander), en algún rincón de Irlanda (Shannon) o en Santa María de las Azores. A mí me tocó entrar por México.

En el aeropuerto de la ciudad azteca, tras esperar algunos días el azaroso avión de la Cubana, me topo con un colega del Perú y otro de Guatemala que, como yo, se dirigen a Cuba detrás de los mismos fines literarios. Un agente del aeropuerto adorna nuestros pasaportes con un gran sello que dice: “Salió a Cuba”, inscripción insólita y perfectamente inútil que atribuye a un bizantinismo de la burocracia. Pero a continuación otro agente, lleno de cordialidad, nos toma fotografías individuales, hecho que tomo ahora por un rasgo de la proverbial donosura mexicana.

—Esas fotografías —me aclara el guatemalteco— son para la F. B. I. de los Estados Unidos.

Elbiamor y yo nos sentimos halagados:

—Ignoraba que la F. B. I. se interesase tanto por un certamen de literatura —comento al fin.

El colega guatemalteco me mira con sorpresa y atribuye, sin duda, mi comentario a la famosa ingenuidad del Cono Sur.

Y ya estamos en vuelo, sobre el golfo de México, rumbo a una isla sospechada y sospechosa quizás. A Elbiamor, que jamás ha simpatizado con Ícaro, le parece oír que el cuatrimotor Britannia chirría por todo y cada uno de sus tornillos. Por mi parte, voy entendiendo que nos dirigimos a un país socialista, sudoroso de planes quinquenales, con músculos tensos y frentes deslustradas por el materialismo histórico. De pronto una de las azafatas nos distribuye bocadillos de caviar: ¿no es una referencia evidente a la cortina de hierro? Y detrás del caviar, a manera de un desmentido, vienen los daiquirí espirituosos y la fragante caja de habanos. *Cuba, ¡qué linda es Cuba!* Y mirándolo bien, ¿las mismas azafatas no tienen el ritmo cimbreado de las palmeras y la frescura de los bananos en flor?

Horas más tarde aterrizamos en el aeropuerto José Martí: es un atardecer de invierno, y sin embargo advertimos cierto calor y cierta hume-

dad de trópico. Nos aguardan allá Ricardo y Norma, jóvenes, eficientes y plácidos, con cierta madurez acelerada: se anuncia en ellos la "efebocracia" o gobierno de los jóvenes, vocablo con que don Pedro González, profesor jubilado de la Universidad de California, me definió más tarde el régimen de la Cuba revolucionaria, una isla sin ancianos visibles, una isla de jóvenes, adolescentes y niños. Pero los "carros" nos conducen a La Habana por un camino bordeado de palmeras: la ciudad no está lejos, y poco después vemos erguirse sus grandes monoblocs en cuyas ventanas empiezan a brillar las luces de la noche. Llegamos por fin al Hotel Nacional, que será nuestra casa durante cuarenta días.

Es un edificio monumental concebido por la imaginación lujosa que requerían los fines a que se lo destinaba, lugar de *week end* para millonarios en exaltación, tahures internacionales, actores famosos de la cinematografía. Lo asombroso es que la revolución lo haya conservado, como los demás hoteles, restaurantes y cabarets de Cuba, en la plenitud de sus actividades, con su personal y servicios completos. Ya en nuestra habitación, abrimos las ventanas que dan al mar y vemos la bahía de La Habana, con su antiguo morro a cuyos pies festonea la espuma. En el parque del hotel, y entre palmeras, una gran piscina de natación que abandonan ya unos bañistas corridos por la noche. Pero, ¿qué formas

se yerguen allá, en aquel terreno vecino al parque? Son dos pequeñas baterías antiaéreas cuyas bocas de fuego apuntan al norte.

La mucama de nuestro piso, una negra joven y hermosa, entra en nuestra habitación y lo prepara todo con una meticulosidad tranquila de mansión solariega.

—Mercedes es mi nombre —le dice a Elbiamor con un despunte de risa—. ¿De dónde eres tú?

—De la Argentina —le responde ella.

—¡La patria del Chel! recuerda Mercedes y en su tono hay una emoción que nos toca.

Luego nos pide que cuidemos los materiales del hotel, ya que ahora son de un pueblo todo: ella lo sabe porque no hace mucho que fue "alfabetizada" y ya tiene una "conciencia social".

—Antes de la revolución —nos aclara— yo no podía entrar en este hotel.

—¿Por qué no? —la interrogo.

—Porque soy una mujer de color.

Vuelve a reír con su blanca dentadura de choclo; y Elbiamor, entre lágrimas, besa una mejilla de ébano, la de Mercedes redimida.

Bajamos al comedor, porque, luego de la cena, nos llevarán a Varadero, donde se realiza la última sesión del Encuentro de Poetas organizado en homenaje a Rubén Darío al cumplirse un centenario de su nacimiento. En el comedor me encuentro con Julio Cortázar (hace veinte

años que no nos vemos), y abrazo su fuerte y magro esqueleto de alambre: su melena y sus patillas le dan el aspecto de un *beatle*. Hemos de actuar en el mismo jurado de novela, y antes de separarnos me anuncia, con cierto humor perverso:

—Han llegado cuarenta y dos originales de gran envergadura.

Arañas de cristal, manteles lujosos, vajillas resplandecientes, flores y músicas evocan en el gran comedor los esplendores del antiguo régimen. Son los mismos camareros de ayer, con los mismos smokings y la misma eficiencia, los que sirven cocktails de frutas tropicales, langostas y otros manjares a una concurrencia visiblemente internacional de la que formamos parte. Son los mismos; pero ahora trabajan en una revolución, y no tardaremos en tutearnos con ellos y llamarnos “compañero”, diferentes en la función social que cumplimos, pero iguales en cierta dignidad niveladora. En los días que seguirán repetiremos esa experiencia extraña con todos los hombres de la isla; y sabremos entonces que la palabra “humanidad” puede recobrar aún su antiguo sabor solidario.

Esa misma noche, como en una suite fantástica, llegamos a las playas de Varadero, a ciento cincuenta kilómetros de la capital. ¿A quién se le ocurrió la idea de reunir allí a una pléyade de poetas iberoamericanos con el solo fin de cele-

brar a Rubén Darío? ¿Se perseguía un objetivo puramente poético? ¿Y por qué no? me dije antes de llegar: Cuba fue siempre un vivero de poetas. Y de pronto recordé aquellos versos de Darío que figuran en su poema dedicado a Roosevelt: “Eres los Estados Unidos, / eres el futuro invasor / de la América ingenua que tiene sangre indígena, / que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.” ¡Qué resonancias proféticas tenían esos versos del nicaragüense, recordados ahora junto al mar de las Antillas y en una Cuba que aún tiene la pretensión exorbitante de ser libre y edificar en libertad sus estructuras nacionales!

Y Varadero está de fiesta esa noche: está de fiesta por un poeta muerto y una nación viva. Entre las mesas ubicadas al aire libre, veo de pronto a Nicolás Guillén: también él me ha reconocido, y se produce mi segundo abrazo demorado, en aquella noche iniciatoria. Después correrá el buen ron de la isla, cantarán los improvisadores de décimas, bailarán los litúrgicos danzarines afrocubanos, y la señora del poeta Fernández Retamar ha de brindarle a Elbiamor una gigante caracola del Caribe.

A la mañana siguiente nos bañamos en aquel mar de colores cambiantes, o discurrimos con los compañeros en aquellas arenas blancas y finísimas como vidrio molido. Por la noche, dando fin al Encuentro de Poetas, cenamos en la gran

morada que fue de mister Dupont, el financista internacional que buscaba en ella los *week end* necesarios para contrarrestar el frío de sus máquinas calculadoras instaladas en Nueva York. La casa es monumental, con su embarcadero propio, su piscina y su jungla; pero adolece de un mal gusto que parecería insanable en la mentalidad de los Cresos. El hall, verbigracia, en conjunto inarmónico, reúne un piano de cola, un órgano Hammond, muebles en anarquía, cuadros y tapices anónimos que parecen salidos de una casa de remate. Afortunadamente, aquella noche una revolución socialista consigue hacer el milagro de dignificar la casa y sus tristes objetos: poetas y escritores de Iberoamérica están sentados esta noche a la mesa de los periclitados banqueros: nalgas líricas o filosóficas substituyen en los sillones dorados a las nalgas macizas del capitalismo. ¡Hurra! Se come, se bebe, se recita, se canta. ¡Hurra! Por un instante me asalta la idea curiosa de que me estoy bebiendo los estacionados vinos del opulento y alegre pirata. Mister Dupont, disculpe: la Historia no se detiene. Han entrado los danzarines negros y los cantores que eternizan su África. Discutimos o bailamos, ¿qué importa la distinción en esta primera noche del mundo? Desde su mesa, un grupo de cubanos entonan en mi honor "los muchachos peronistas".

Claro está que lo peor es el regreso, cuando,

entre un poeta de guayabera blanca y un sociólogo de guayabera gris, camino junto al mar feérico bajo el plenilunio. Y la inquietud toma en mí la forma de un remordimiento: ¿seremos nosotros, una minoría, los únicos usufructuantes de una herencia reciente? Y el poeta en guayabera blanca me responde:

—Tranquilízate, alma buena. En Cuba no hay ahora ningún hambriento; no hay desnudos ni descalzos; no hay desocupación ni despidos ni embargos; no hay mendigos ni analfabetos.

En cuarenta días de viajes, estudios e inquietudes pude comprobar más tarde cuánta verdad había en las aseveraciones del poeta, y qué fácil es resolver un problema de justicia social, cuando un pueblo se decide a tomar al toro por las astas. Pero en aquella noche de Varadero las preguntas afluyen a mis labios de recién venido:

—¿Es verdad —interrogo— que se está realizando aquí un intento marxista-leninista?

El sociólogo se vuelve al poeta y le dice con ese tono imitable de la travesura cubana:

—No creo que Fidel haya leído ni ochenta páginas de *El Capital*.

—¿Es que pueden leerse más de ochenta páginas? —reflexiona el poeta.

—Sin embargo —insisto—, el propio Fidel se ha declarado marxista.

—¿Y por qué no? —argumenta el sociólogo—.

A juzgar por algunas encíclicas, más de un Papa romano está en ese riesgo. ¿Y sabes por qué? Porque el marxismo se resuelve al fin en una "dialéctica" que se adapta muy bien a cualquier forma de lo contingente social. Quiero decir que sirve tanto para un barrido como para un fregado, si lo que se trata de barrer o fregar es una vieja estructura político-económica.

Yo me río en mi alma:

—El viejo Marx —arguyo— ha prolongado su gloria merced a esa flexibilidad de su dialéctica. Pero, en cambio, lanzó al mundo una "logofobia" retardante de muchos procesos revolucionarios.

—¿Qué es una "logofobia"? —inquire el de la guayabera blanca.

—Logofobia —respondo— es el terror a ciertas palabras. Y el "marxismo" es una de las más actuales.

—Eso merece un extra seco en las rocas! —exclama el sociólogo entusiasmado.

—Lo tomaremos en cuanto esponga mi enseñanza paralela sobre la "logolatría".

—¿Y qué diablo es una "logolatría"?

—Es una adoración de la palabra por la palabra misma —le contesto—. Generalmente, se toma una logolatría para defenderse de una logofobia.

—¿Ejemplos de logolatrías?

—Los términos "democracia", "liberalismo",

"civilización occidental y cristiana", "defender nuestro estilo de vida", esto último, naturalmente, a costa de los estilos ajenos.

—¿No es ésa una muletilla del Tío Sam?

—El Tío Sam, ¡qué tío!

Suenan tres carcajadas en la noche del trópico. Pero el sociólogo de guayabera gris tiende una mano al horizonte marítimo:

—¡Silencio! —dice—. El Tío Sam está desvelado, a noventa millas náuticas de aquí.

—¿Qué hace?

—Está revisando su caudragésimo submarino atómico.

—¿Con qué fin?

—Le quita el sueño, entre otras cosas, una islita de siete millones de habitantes que ha tenido el tupé de ensayar un régimen socialista en sus propias barbas.

De regreso en La Habana, es necesario leer los voluminosos originales del concurso: así lo hago, y así lo hacen conmigo el guatemalteco Mario Monteforte Toledo, el argentino Julio Cortázar, el joven español Juan Marsé y el veterano escritor de Cuba don José Lezama Lima. Pero hay que cumplir otras actividades paralelas: visitar institutos, conceder reportajes, dialogar con estudiantes y obreros, asistir a los teatros y cines donde se cumple una actividad febril. Cuba, en su bloqueo, necesita mostrar lo que hizo en ocho años de revolución, porque

sabe que el mejor alegato en favor de la revolución cubana es Cuba misma. Esos trajines y contactos me han permitido conocer a la gente de pueblo en su intimidad.

El pueblo cubano es de la más pura fibra española (casi andaluza, yo diría) entretejida con más que abundantes hebras africanas que le añaden una soltura de ritmos y una sensibilidad en lo mágico por la cual ha de convertir en "rituales" casi todos sus gestos, desde un baile folklórico a una revolución. Libre ya de opresiones de "factoría" y de sus "mimesis" consiguientes, reintegrado a su natural esencia, el hombre cubano es un ser extravertido y alegre, con imaginación creadora y voluntad para los combates necesarios, incapaz de resentimientos, fácil a los olvidos, propenso al diálogo y a la autocrítica. Todo esto deberán tener muy en cuenta los que intenten alargar un brazo amenazador sobre la tierra de Martí; porque no es difícil advertir allá que si el cubano entona pacíficamente una copla en la Bodeguita del Medio, o baila displicentemente una rumba en El Rancho de Santiago de Cuba, tiene siempre en una mano el machete de cortar caña de azúcar y en la otra la culata invisible de una metralleta.

Cierta mañana, y a mi pedido, un arquitecto arqueólogo, joven como todo el mundo en la isla, me hace recorrer la vieja Habana: su catedral, en el más puro estilo de la colonia, es

la más bella que conozco, incluyendo la de México; los palacios condales, al enmarcar la plaza de la catedral, integran un conjunto arquitectónico de sobria pureza. Mi acompañante y mentor, el joven arqueólogo, me conduce luego al Castillo de la Fuerza, reducto castrense que los españoles erigieron un día contra los invasores de la isla, reales algunos y hasta hoy siempre posibles. Cruzamos el puente levadizo, recorremos los oscuros pasillos, nos asomamos a las troneras y almenares.

—Esta fortaleza —dice mi guía— es un símbolo perfecto de Cuba:

—¿Por qué? —lo interrogo.

—Sus constructores y defensores representaron al colonialismo; sus atacantes representaron a la piratería. Y, hasta Fidel, Cuba se ha debatido entre colonialistas y piratas.

—¿Ya no? —insisto.

—El riesgo subsiste en potencia. ¿Tú eres argentino?

—Sí.

—Entonces sabrás, en carne propia, que hay nuevas formas de colonialismo y nuevas formas de piratería.

—¡Tocadol!, me digo en mi alma. Y el arqueólogo concluye:

—La revolución cubana sólo tiene su explicación entera en la Historia Nacional de Cuba.

Regreso al hotel, en cuyos ámbitos empiezo a

conocer la naturaleza de sus huéspedes. Ya me topé con los tennistas polacos, tan elegantes con sus conjuntos rojos de pantalón y remera. Eludo ahora a los ciclistas hispanoamericanos que han de correr la vuelta de Cuba: llevan siempre consigo sus bicicletas, en el comedor y en los ascensores; Cortázar me comunica su sospecha de que los corredores duermen con sus máquinas y tienen con ellas relaciones extraconyugales (¡diablo de novelista!).

Luego me voy a la piscina: es un gran espejo de agua entre palmeras y bajo el sol de Cáncer que acaricia y muerde a la vez como un unguento. ¿Quiénes han invadido la piscina, tan solitaria otras veces? Porque la gente de Cuba sólo nada en verano, y la isla está en la mitad de su invierno. Estudio a los invasores: no hay duda, son caras y pelambres del mundo eslavo. Y al fin identifico a los deportistas soviéticos, entre los cuales alza su mole ciclópea el campeón olímpico de levantamiento de pesas. Paseándose en torno de la piscina, muy a lo peripatético, Dalmiro Sáenz, *jury* en el certamen de cuento, lee originales con toda la gravedad que le consiente su pantalón de baño.

—¿Qué hacen aquí los rusos? —me pregunta, indicando a los invasores de la pileta.

—Vienen a descansar, después de su zafra —le respondo.

—¿Qué zafra?

—La del Uranio 235.

Dalmiro estudia mi respuesta. Y, sin embargo, su atención se fija más en el cíclope ruso que en las delicias atómicas.

—Un gran levantador de pesas —me dice.

—No hay duda —le contesto—: recién me crucé con él en la cafetería, y le estudié en el fondo de los ojos.

—¿Qué viste?

—Una caverna del paleolítico y un gran desfile de brontosaurios.

Y, naturalmente, hay rusos en Cuba, y checos, y búlgaros, y polacos, técnicos, hombres de deportes y hasta turistas. ¿Por qué dije “naturalmente”? Se dice que cuando, triunfante su revolución, Fidel Castro se dirigía a la capital, llevaba in mente dos preocupaciones: evitar que la burguesía local, dúctil actriz de la historia cubana, intentase usufructuar *pro doma sua*, como lo hizo tantas veces desde la colonia, un triunfo que había costado sangre y lágrimas; y evitar que hiciese lo propio el marxismo intelectual y minoritario que también alentaba en la isla, como sucede aquí y en todas partes. Fácil es deducir que una “tercera posición” equilibrante maduraba en la cabeza del líder. Y se produjo entonces la intervención y bloqueo de los EE. UU. contra una pequeña y esforzada nación que sólo buscaba una reforma de sus estructuras para lograr su propio estilo de vida.

Claro está, bloqueada y amenazada, la isla de Fidel, sin combustibles, sin industrias básicas y sin comunicaciones, habría tenido que declinar su revolución si los EE. UU., que no tienen experiencia ni prudencia históricas, no la hubiesen lanzado a la órbita de Rusia, que tiene todo eso y además un estilo y método revolucionarios.

Por aquellos días, los cubanos entonaban 'el estribillo siguiente: "*Los rusos nos dan, / los yanquis nos quitan: / por eso lo queremos a Nikita*". Cierta es que más tarde, cuando los rusos, movidos por la estrategia de la hora, retiraron los cohetes cedidos a Cuba, se cantó allá este otro estribillo: "*Nikita, Nikita, lo que se da no se quita*".

Un oyente que escuchaba esta explicación, me dijo:

—No puede ser: es demasiado ingenuo, demasiado "simplista".

—Compañero —intervine yo—, ahí está la madre del borrego, como decimos en Argentina. Desde hace muchos años observo una tendencia universal a desconfiar de las explicaciones "simplistas"; en cambio, se prefiere complicar los esquemas en lo político, en lo social, en lo económico, y hacer una metafísica inextricable de lo que es naturalmente "simple". A mi entender, toda esa complejomanía proviene de los interesados en "enturbiar las aguas".

Impuesta o no por las circunstancias, es de

imaginar lo que una teoría filosófico social, como el marxismo, logra o puede lograr en un pueblo que, como el cubano, tiene toda la soltura, toda la imaginación y además todas las alegres contradicciones del mundo latino. Está dándose aquí, evidentemente, un comunismo *sui generis*, o más bien una empresa nacional "comunitaria" que deja perplejos a los otros estados marxistas, en razón de su originalidad fuera de serie. Un soviético, un checoslovaco, un búlgaro, de los que frecuentemente visitan a Cuba, no dejan de preguntarse, vista la espontánea y confesa "heterodoxia" de la revolución cubana:

—¿Qué desconcertante flor latina estará brotando en las viejas y teóricas barbas de Marx?

Y yo me digo ahora si las barbas de la pregunta serán las muy vienasas de don Carlos o las muy criollas de don Fidel.

De pronto nos anuncian que Fidel Castro ha de asistir, en San Andrés, provincia de Pinar del Río, a la inauguración de una comunidad erigida en plena montaña. Nos dirigimos allá, en un ómnibus (allá le dicen *guagua*) de construcción checa, y llegamos al anochecer, atravesando villas coloreadas y paisajes de sueño. Una concentración multitudinaria se ha instalado allá: son hombres y mujeres de toda la isla, que quieren oír a Fidel. Además, está jugándose, allí mismo, un trascendente partido de *baseball*, el de los

“industriales” contra los “granjeros”: el *baseball* es el deporte nacional, como el fútbol entre nosotros, y suscita en las tribunas populares las mismas discusiones y trompadas que se dan en la “bombonera”, por ejemplo; el mismo Fidel Castro es un “bateador” satisfactorio. El partido concluye: ganaron los “industriales”. Risas y broncas. Pero la noche ha caído, se oye un helicóptero; y poco después una gran figura barbada sube a la plataforma. Déjenme ahora esbozar un retrato del líder.

Fidel Castro es un hombre joven, apenas cuarentón, fuerte y sólido en su uniforme verde-oliva: cariñosamente lo llaman “el caballo”, en razón de su fortaleza militante. Bien plantado en la tribuna, deja oír su alocución directa, con una voz resonante y a la vez culta que traiciona en él al universitario metido por las circunstancias en un uniforme castrense. Al hablar acaricia los micrófonos; y en algún instante de pausa dubitativa se rasca la cabeza con un índice crítico, lo cual hace sonreír a sus oyentes. Reúne a los “compañeros” y les habla sólo por asuntos concretos: planes de trabajo a realizar, análisis y crítica de lo ya realizado, exhortaciones de conducta civil, palabras de aliento y de censura según el caso. Nunca se dirige a ellos en la primera persona del singular, “yo”, sino en la primera y segunda del plural, “nosotros” y “ustedes”, lo cual le confiere un tono de entrecasa,

humano y familiar, que borra en él cualquier arista de demagogia, o se resuelve en una demagogia tan sutil que nadie la advierte. Dialoga con el pueblo que lo interroga y le sirve de coro, lo cual me trae algunas reminiscencias argentinas: “Oye, Fidel, ¿y ésto? Oye, Fidel, ¿Y aqué-llo?”. Y Fidel Castro recoge las preguntas en el aire y las contesta, rápido, certero y a menudo incisivo. Una de sus preocupaciones actuales es el “burocratismo” en que suelen aletargarse y morir las revoluciones. Anuncia en un discurso que se ha creado la Comisión Nacional contra el Burocratismo; y una quincena más tarde anuncia en otro:

—Compañeros, la Comisión Nacional contra el Burocratismo se ha burocratizado.

Conoce a fondo los problemas generales de su pueblo, y hasta los particulares de sus individuos, tanto en el bien como en el mal. Durante el huracán “Flora” que asoló a la isla, condujo un tanque anfibio de salvataje y estuvo a punto de morir ahogado. En el corte de caña de azúcar, empresa nacional que moviliza hoy a todos los habitantes, Fidel Castro interviene, como todos, y no cortando algunas cañas simbólicas, sino trabajando jornadas enteras a razón de ocho horas cada una.

Esta noche lo escucho en San Andrés: hace frío en la montaña, vinimos desprevenidos y nos abrigamos con mantas del ejército. Fidel no es

ya el orador "larguero" y teatral, imagen con la que aun se lo ridiculiza fuera: sus apariciones en público son cada vez más escasas y sus discursos cada vez más cortos. En esta oportunidad, además de referirse al asunto concreto de la reunión, toca dos puntos que me interesan como escucha foráneo: define a la suya como a la "primera revolución socialista de América", y es verdad que lo ha dicho muchas veces. Pero, a continuación, la identifica como una "segunda independencia de Cuba", y me acuerdo entonces de lo que dijo el arqueólogo en el Castillo de la Fuerza: "la revolución cubana sólo tiene su explicación entera en la Historia Nacional de Cuba.

Ya en el ómnibus o *guagua* que, a través de la noche, nos devuelve a la capital, y mientras Ricardo y Ernesto cantan aquello de "¿Cuándo volveré al bohío?", sin duda para que no se duerma el compañero chofer en el volante, doy cuenta de mis observaciones al sociólogo en guayabera gris que compartió con nosotros, en Varadero, la bodega ilustre de mister Dupont.

—Evidentemente —me dice—, el movimiento revolucionario de Fidel en pro de la "segunda independencia" no es más ni menos que una continuación inevitable del movimiento de José Martí en favor de la "primera".

—Es tan verdad —asiento yo—, que la figura de Martí está hoy en Cuba tan presente y es

tan actual como la del mismo Fidel, y los escritos de Martí abundan en la formulación teórica del movimiento castrista.

Los cantantes del ómnibus han pasado en este momento a la canción *No la llores*, y el de la guayabera gris insiste:

—Esa continuidad revolucionaria está favorecida por el hecho de que la pasada historia de Cuba y la presente casi se tocan. Y si no, recapitulemos: la gesta de Martí comienza en 1895; el primer presidente de Cuba, Tomás Estrada Cabrera, es reconocido por los EE. UU. en 1902; luego dos gobernadores norteamericanos, con el pretexto de pacificar la isla, se mantienen en el poder hasta 1909; después de una serie de gobiernos, electos o dictatoriales, que duran o no según el apoyo de los EE. UU., cuyos intereses económicos en la isla son cada vez más fuertes. La primera independencia (José Martí) y la segunda (Fidel Castro) se parecen como dos gotas de agua. Tienen los mismos opositores: un imperialismo exterior, ávido y reiterante, y una oligarquía local en colaboración con el primero. Uno y otro líder se parecen hasta en el *modus operandi* que utilizan: desembarcos furtivos en la costa cubana, internación en los montes, actividad de guerrillas. Lo único que añade Fidel a esa empresa insistente de Cuba es el acento de lo social económico, que, por otra parte, resuena hoy universalmente, desde una encíclica

papal hasta una pequeña sublevación de obreros.

Las luces de La Habana se nos vienen encima. En el recibimiento del hotel (que allá se llama "carpeta") encuentro una nota de *Granma*, órgano del Partido, en la cual se me solicita un reportaje: *Granma* es el nombre del yate que, en 1956, trajo a Fidel Castro y a sus 82 compañeros desde México a la provincia de Oriente, donde la Sierra Maestra les ofrecería un campo ya histórico de operaciones. Al día siguiente respondo a las dos preguntas del reportaje:

—Usted —inquiére mi repórter— que ha sido testigo y participe de la historia de nuestro continente a todo lo largo de este siglo, ¿cómo definiría este momento de América latina?

—Desde hace tiempo —respondo— América latina vive en estado "agónico", vale decir de lucha, según el significado etimológico de la palabra. Y esa lucha tiende o debe tender a lo que el doctor Fidel Castro llamó anoche "segunda independencia". Yo diría que nuestro continente pugna por entrar en su verdadero "tiempo histórico", ya que lo que vivió hasta hoy es una suerte de prehistoria.

—¿Qué impresiones tiene usted de éste su primer viaje a Cuba?

—A primera vista, y mirada con ojos imparciales, Cuba me parece un laboratorio donde se plasma la primera experiencia socialista de Ibe-

roamérica. Por encima de cualquier "parnaso teórico" de ideas, entiendo que Cuba está realizando una revolución nacional y popular típicamente cubana e iberoamericana, que puede servir no de patrón, sino de ejemplo a otras que sin duda se darán en nuestro continente, cada una con su estilo propio y su propia originalidad.

Resuelto ya el certamen literario de La Casa de las Américas, hemos de viajar al interior de la isla con el propósito de visitar la base militar de Guantánamo y después Minas de Frío. Desde la ventana de mi cuarto estudio las dos pequeñas baterías antiaéreas que, según dije, apuntan al norte marineró. Porque a 90 millas de aquí está un enemigo que no se odia ni se teme, pero que se vigila en un tranquilo alerta. Esas dos baterías tienen, ante mis ojos, la puerilidad de la honda de David ante la cara inmensa de un Goliath en acecho. Regularmente, el crucero "Oxford" de los EE. UU. entra en las aguas territoriales de Cuba, y su blanca silueta se recorta en el horizonte marítimo. Desde Miami las emisoras difunden noticias truculentas: el malecón de La Habana está lleno de fusilados que hieden al sol, faltan alimentos en la isla, o Fidel Castro ha desaparecido misteriosamente. Yo estoy ahora observando el malecón lleno de paseantes alegres y de tranquilos pescadores; todos comen bien en la isla, y hace unas horas

vi a Fidel Castro en una reunión de metalúrgicos.

Pero en otro lugar del territorio el enemigo está más cerca y se hace visible. ¿Dónde? En Guantánamo. Yo estoy en Guantánamo, junto al mar del Caribe, donde los EE. UU. tienen la base conocida y los cubanos enfrentan la suya, separados unos y otros por una cortina de alambre tejido. Ese límite somero es el lugar de las "provocaciones". Converso con la tropa del destacamento cubano, miro fotografías y documentales cinematográficos.

—A veces —me dice un oficial— los *mariners* yanquis arrojan piedras al destacamento cubano, con las *posses* y el furor de un *peacher* de baseball; otras veces, en son de burla, parodian ante los centinelas de Cuba los movimientos de los bailes afrocubanos, o mean ostensiblemente cuando izamos nuestra bandera.

—¿Y ustedes qué hacen? —le pregunto.

—La consigna es de no responder a las provocaciones. Uno de nuestros centinelas les volvió la espalda, sólo para no verlos.

—¿Y ellos qué hicieron?

—Lo mataron de un tiro en la nuca. Vea usted las fotografías del cadáver.

Desde Guantánamo, tras regresar a nuestra base de Santiago de Cuba, nos dirigimos a la Sierra Maestra con el propósito de subir a Minas de Frío, cumbre donde el comandante Ernesto

Che Guevara tuvo su cuartel de operaciones. Siguiendo la norma revolucionaria de instalar escuelas donde hubo cuarteles y escenarios de lucha, se ha fundado en Minas de Frío un centro educacional donde se preparan los maestros del futuro. La subida es difícil, ya que se hace por una cuesta empinada, rica en torrenteras y despeñaderos, que hasta no hace mucho sólo era transitable a pie o a lomo de mula. Nosotros la franqueamos en un camión de guerra soviético que en dos horas de trajín, sacudones y patinadas nos deja en la cima, algo así como un altiplano donde conviven 7.000 alumnos, muchachas y muchachos de todas las pieles, bien alojados y guarnecidos. Nos preguntamos:

—¿Por qué instalar esa escuela en una cumbre sometida a todos los rigores climáticos?

Nos responden:

—Para fortalecer y templar a los jóvenes que han de ejercer el magisterio en los más duros rincones de la isla. Nuestra campaña de alfabetización, iniciada en 1961, redujo el índice de analfabetos a un 3 por ciento. Ahora Fidel quiere que toda Cuba sea una escuela.

Y abordamos a los alumnos, con su ropa y zapatos de montaña (¡jellas, naturalmente, con sus ruleros en la cabeza!): blancos, negros y mulatos, tienen la conversación fácil y una seguridad alegre que anula toda ostentación o dramatismo. Quieren saber de nosotros: los fasci-

nan nuestros diversos tonos del idioma español. Al fin nos ruegan que cantemos: yo mal entono una vidalita sureña y Juan Marsé aventura una sardana de su terruño catalán.

¡Tendría tantas cosas que referir! Sólo puedo hacerlo en síntesis rapsódicas o en pantallazos de cinematografía. Estamos ahora en un grande y viejo taller metalúrgico, donde Fidel Castro reúne a los trabajadores y los estudiantes de las escuelas tecnológicas. Tras un intento inicial de industrialización, la isla entera se vuelca hoy a los afanes de la agricultura. Pero hay que pensar en el futuro, y el conductor habla: se refiere a la explotación de los minerales que abundan en las sierras, a sus aleaciones posibles, a los futuros altos hornos y acerías, a la perfección técnica de los obreros. Un químico visitante, que tengo a mi costado, me dice al oído:

—¡Sueña! ¡Está soñando en alta voz!

—¿Qué importa? —le contesto—. ¿Qué importa, si todo este pueblo que lo escucha está soñando con él? Al fin y al cabo, ¿qué sueña? La ilusión de una felicidad en la soberanía, siempre posible y siempre demorada. ¿No están, acaso, en ese mismo sueño todas las repúblicas hermanas de Latinoamérica?

Y Fidel sigue hablando, frente a rostros encendidos en esperanza. Fidel está soñando: ¡pobre del que se ría!

Esta mañana, Elbiamor y yo estamos a solas

con Haydée Santamaría, heroína de la revolución cubana en sus preparativos y combates. Su hermano y su prometido fueron torturados hasta morir, frente a ella, misma, para que revelara el paradero de los jefes. Toda revolución cruenta deja siempre como posible y hasta inevitable el juego numeral de las víctimas, de modo tal que uno y otro bando puedan sentarse a la mesa y barajar en el tapete sus propios muertos. Haydée no lo hace, aunque tal vez en sus sueños perdure una pesadilla de ojos arrancados. Perdonar y olvidar —nos ha dicho ella—, y sobre todo combatir por un orden humano y una sociedad que hagan imposibles, en adelante, los horrores de la jungla. Detrás de ese afán, ella trabaja día y noche, como si fuese la madre, la hermana y la novia del movimiento. De pronto recuerda mi cristianismo y el de Elbiamor:

—Antes de la revolución —nos dice— yo era creyente, como todos los míos. Después entendí que, si deseaba trabajar por un orden nuevo, debía prescindir de Dios, olvidarlo.

No entendemos el por qué de tal resolución, evidentemente romántica, y callamos ante aquella mujer que ha sufrido tanto y que ahora guarda un silencio como de perplejidad.

—El otro día —refiere de pronto— mi hijo de cuatro años me preguntó quién era Dios.

—¿Y qué le respondió usted? —inquirí.

—Le dije que Dios era todo lo hermoso, lo

bueno y lo verdadero que nos gustaba en la naturaleza.

Elbiamor y yo la miramos con ternura.

—Belleza, Bondad y Verdad —le dije al fin—: son, justamente, tres nombres y tres atributos de lo Divino.

Haydée calla. Luego se dirige a su escritorio y me trae como obsequio una caja de habanos construída con maderas preciosas de Cuba.

¿Y el ambiente religioso de la isla? Sé decir que actualmente se oficia con regularidad en los templos católicos y protestantes. En las santerías se ofrece al público el acervo iconográfico tradicional, junto con la utilería de las magias africanas, que conservan en la isla una tradición semejante. Fidel Castro, en una campaña contra las malezas rurales, aconsejó respetar, no sin humorismo, las hierbas rituales de los brujos. En realidad, no se manifiesta en Cuba ni menor ni mayor religiosidad verdadera que en muchos otros países del orbe cristiano, incluido el nuestro. Sé de muy buena fuente, que en el Comité Central del Partido hay católicos viejos y católicos de reciente conversión, además de algunos marxistas puros, uno de los cuales, en su inocencia, me confesó haber bautizado a un niño con champagne y en el nombre de Marx, de Lenin y de Fidel. Y digo “en su inocencia”, porque aquel hombre, fundamentalmente bue-

no, “no sabía lo que hacía”, dicho evangélicamente.

Triunfante la gesta revolucionaria, tuvo un despunte de oposición en algunos sacerdotes de nacionalidad española y en algunos pastores protestantes de nacionalidad estadounidense que obraban, sin duda, por razones “patrióticas”. Fidel Castro dijo entonces que todo cristiano debería ser, por definición, un revolucionario. Recuerdo que hace ya muchos años, en cierto debate sobre el comunismo realizado en París, alguien (creo que Jacques Maritain) definió al comunismo como una “versión materialista del Evangelio”. Pensé yo en aquel entonces que era preferible tener y practicar una versión materialista del Evangelio a no tener ni practicar ninguna.

Y me digo ahora, con más ciencia y experiencia, que toda realización en el orden amoroso de la caridad, sea consciente o inconsciente, entraña en sí misma una “petición” de Jesucristo. La encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI está en la ciencia y la experiencia del Redentor, aunque el “Wall Street Journal” entienda que se trata de un “marxismo recalentado”.

Y un acento final de mi rapsodia. Refiriéndome a Minas de Frío, mencioné a Ernesto Guevara: es ahora en Cuba una gran “ausencia” que la veneración popular siente y destaca todos los días. Ha dejado el recuerdo de su heroísmo en

la guerra y de sus virtudes civiles en la paz, todo ello exaltado por la leyenda en que se resuelve su voluntaria desaparición. Poco antes de mi regreso, en la voz y la guitarra de un trovero popular (el famoso Puebla) oí los versos que siguen:

*Aquí nos quedó la clara,  
la entrañable transparencia  
de tu querida presencia,  
comandante Che Guevara.*

Tres semanas antes, en vísperas de partir al interior de la isla, dialogando con Elbia sobre la ubicuidad legendaria del Che, le sugerí en broma: "¿No estará en la China y será el autor de su "revolución cultural?" Al día siguiente, encontrándonos en una calle de Pinar del Río, un chicuelo de nueve años nos abordó para enterarse de nuestra nacionalidad.

—Somos argentinos —le respondí, admirando la hermosura y vivacidad de sus ojos.

—¡Argentinos! —exclamó el chicuelo. ¿Dónde está el Che?

—Lo ignoramos. ¿Y tú?

—A lo mejor está en China —conjeturó él.

Elbia rió de mi coincidencia con el muchacho de Pinar del Río.

Terminó para nosotros la Misión Cuba. Una tarde, respondemos a los alumnos, en la Escuela de Letras. Uno me pregunta por el *Facundo* de

Sarmiento, y le aclaro algunas nociones. Otro interroga sobre *El Matadero*, de Echeverría, y César Fernández Moreno se encarga de las respuestas. Pero todos los cubanos están yéndose al corte de caña, gobernantes y gobernados, obreros y estudiantes, artistas y técnicos, porque se ha iniciado la Séptima Zafra de la Revolución, que promete ser la más cuantiosa del siglo. Los contingentes están saliendo a la tierra (o a la caña, como dicen allá): todos van alegres, porque el trabajo ya no es una "maldición antigua", sino un esfuerzo que hace doler las manos en el machete, los tres primeros días, y concluye por transmutarse en una felicidad virgiliana.

Estamos en el aeropuerto José Martí, como a nuestra llegada: el cuatrimotor *Britannia* nos espera, trajinado y temible a los ojos de Elbiamor. Nuestros compañeros de Cuba nos despiden: hay calor en sus manos y esperanza en sus voces. El avión toma la pista: ellos quedan allá, con su sueño acunado entre peligros, y sin otro sostén que su líder y los símbolos de su enseña nacional, enumerados en la misma canción con que inicié mi reportaje: "*Un Fidel que vibra en las montañas, un rubí, cinco franjas y una estrella*".

¡Adiós, Cuba! O hasta siempre, que es lo mismo.

DALMIRO SÁENZ

ESA ES LA anécdota. Tú no te puedes quedar en la anécdota, tú tienes que vivir a fondo tu realidad marxista.

El hombre levantó la cabeza no muy sorprendido, después sonrió y dijo:

—Me hace gracia que sea usted el que fomente mi fidelidad marxista.

—A mí también. Hasta mañana.

—Hasta mañana, padre.

El sacerdote se quedó un rato contemplando la guayabera blanca que se alejaba, luego cerró la puerta de la iglesia dejando fuera las palmeras sin viento de la plaza, el excesivo malecón de la costanera, el mar ingenuo y la suave curva de la calle que se perdía en la mañana azul apretada contra el cielo.

Era uno de los 211 sacerdotes católicos cubanos, uno de los 211 sacerdotes que Fidel Castro

permite permanecer en la isla. Antes de la revolución, Cuba contaba con 750. Una gran mayoría de ellos celebró la caída de Batista junto con el partido conservador y comunista, poco tiempo después la revolución comenzó con los primeros balbuceos de ese idioma que más tarde sería escuchado por todo el mundo.

—... y ahí empezaron los rozamientos.

—¿Qué fue lo primero? —le pregunté, porque estaba ahí delante de mí llenando mi taza con el primer café feo que yo iba a probar desde mi llegada a Cuba, y que él, el padre Carlos Manuel Céspedes, director del seminario de La Habana, acababa de recalentar hacía pocos minutos.

—Las medidas económicas —me contestó de inmediato, y añadió: —Los sacerdotes, acá como en todas partes, vivimos en un medio, entre un grupo de gentes, y estamos condicionados por muchas de esas influencias. El clero cubano no era una excepción, los sacerdotes provenían casi todos de la media burguesía o de la clase alta, y fue precisamente esa gente la primera en indignarse ante lo que ellos consideraban un atropello a la propiedad privada.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿Usted también sufrió ese proceso?

—Yo provengo precisamente de una familia de clase alta y media. Soy descendiente del ge-

neral Carlos Manuel Céspedes, héroe de la independencia y presidente de Cuba. Mi familia está exiliada. Mi madre en Puerto Rico, un tío mío cumple una condena de 20 años por contrarrevolucionario y una de mis primas ha sido condenada a 6 años de cárcel. Yo en el año del triunfo revolucionario participé de la alegría general que floreció en el país, después fui trasladado a Roma y desde ahí seguí el proceso de la revolución.

—Antes de partir, ¿cuál era su estado mental?

—Creo que de duda, sí, de duda, a pesar que yo ya en esa época pensaba que si la revolución quería salvarse tenía que elegir la línea marxista.

—¿Y ahora piensa igual?

—Sí, desde luego.

—¿Usted se considera revolucionario

—Sí.

—¿Y marxista?

—No.

—¿Por qué?

—Sería largo de discutir, tendríamos que pasearnos desde el materialismo hasta...

Se interrumpe dudoso, estirándose para atrás en su silla. Yo aprovecho para observarlo, tiene unos 30 años, mirada inteligente, anteojos, una amplia frente despejada, parece cincelado de incomprendiones y de afectos.

—En la Argentina —le digo— algunos sacer-

dotes han reducido la diferencia entre marxismo y cristianismo a una línea muy fina.

—Ahí estoy yo entonces.

—Muy bien, prosigamos: usted estuvo en Roma los cuatro primeros años de la revolución. ¿Las cartas que recibía le pintaban la situación real de la isla?

—Sí. Yo recibía las dos versiones, la de mi familia, que todavía no se había exiliado y la de algunos amigos con sentido más realista.

—¿Y cuando volvió?

—Cuando volví, la situación respondía bastante a la imagen que yo me había hecho.

—¿Tuvo duda sobre la actitud que tenía que asumir?

—Una vez que tomé conciencia de la perdurabilidad de la revolución, una vez que tomé conciencia de que en Cuba no había cambiado simplemente un gobierno, sino que un nuevo mundo, un mundo marxista nacía, y que no había la menor posibilidad de dar un paso atrás, una vez que comprendí eso, todo fue simple. La misión de un sacerdote es estar con el pueblo y si este pueblo está con la revolución, yo también lo estoy —sonrió, y después insistió con terquedad: —Soy un revolucionario pero no marxista.

—¿Qué problemas existen actualmente entre la iglesia y el estado?

—Ahora ninguno, la mayor tirantez fue du-

rante el año 65 debido al U.M.A.P., organismo militar de la agricultura, donde los muchachos pueden hacer el servicio militar ocupándose de trabajos agrícolas. No sé cómo empezaron las cosas, pero lo cierto fue que se empezó a mandar ahí a los indeseables, a los que el ejército no tenía interés en admitir entre sus filas, como a los homosexuales por ejemplo. Un día, no sé por qué, empezaron a mandar allí a los católicos. El trato era absurdamente severo y afrentoso, eran verdaderos campos de concentración. Seguramente esto fue consecuencia de alguna psicosis particular de algún funcionario. Hoy ésto se ha superado, ha terminado este tipo de abusos.

Golpean a la puerta y aparece un seminarista. Tendrá unos diecinueve o veinte años, un agudo perfil español con labios gruesos y amulatados, dice algo que el padre Céspedes contesta; mientras hablan yo miro por la ventana: un chico allá en la plaza atrapa en el aire con el guante una casi imaginaria pelota de béisbol, un negro con la espalda apoyada en una pared mira hacia adelante, dos chicas con el uniforme gris del colegio avanzan comiendo helados. Una de ellas podría llamarse María del Carmen por ejemplo, y tener dos padres y una hermana y una casa con un living y tres dormitorios y un patio y pagar por ella el diez por ciento del dinero que entra en la casa, tener heladera y

televisor y ninguna posibilidad de tener un coche, una biblioteca con bastantes libros técnicos y políticos, y una obsesión predominante: trabajo.

El negro no levanta la vista y por un instante ambas Cubas se cruzan ante mis ojos, una Cuba marcada con el sello de la espera y del ocio y otra Cuba que pronto doblará en la esquina con los libros bajo el brazo molestando pero a su vez acompañando el inquietante ritmo de esas caderas.

Ahora soy yo el observado. El seminarista se ha ido y el padre Céspedes me pregunta:

—¿Lo conoce al padre Mejía, el director de Criterio?

—Sí.

—Yo soy amigo de él, lo conocí en Roma.

—¿Cuántos seminaristas hay aquí?

—Sesenta. Apenas este año se volvió a abrir el seminario.

—¿Con qué espíritu entran?

—Con un formidable espíritu y con la total conciencia de que van a ser sacerdotes en un mundo marxista.

—¡¡Ésas son mentiras!! Pero es una mujer la que ahora habla, porque estoy dos días más tarde y a mil kilómetros de La Habana, en una iglesia de Santiago de Cuba en el extremo sur de la isla. He entrado en la iglesia y ella me ha atendido en la sacristía. A la media hora,

una vehemente y tropical rebeldía se ha apoderado de sus palabras. Está vestida de negro y es una barbaridad de bonita. La boca muy pintada le da un aire un poco antiguo, el cuerpo sensual, la pollera no muy corta y una cara evidente de pertenecer a la clase alta o a la alta clase media.

—Es mentira —me repite—, son unos niños y están engañados, ahora va a llegar el cura párroco y le va a explicar.

Le cuento entonces lo que yo he visto en este mes en Cuba, le hablo de esa nueva iglesia, de esa iglesia de Camilo Torres que parece cansada de discutir sobre la inmortalidad del alma y quiere en cambio hablar sobre la mortalidad del hambre. Le hablo de todo ese pueblo que he visto marchar cantando hacia el corte de la caña, le hablo de los maestros metidos en la montaña, le hablo de la libertad y la alegría que se respira en la isla.

—¡Qué va —me dice—. Acá se habla mucho pero se dice poco.

—¿Antes se hacía más?

—Antes había cosas malas, pero por lo menos había más libertad.

Sonrí de pensar en la inevitable contestación de cualquiera de mis amigos marxistas: libertad para morir de hambre, hubieran dicho y ella problemente habría vuelto a decir: ¡Qué va! Me parece estar hablando con alguna mujer

del Barrio Norte en la época de Perón.

—Suprimieron la palabra Dios de la constitución —me dice.

—¿Hay mucha gente contraria a la revolución que no se ha ido de Cuba?

—Sí, me contesta.

—¿Por qué? Tengo entendido que el gobierno no pone ninguna traba a los que quieren irse.

Su cara se endureció, y sus preciosas y superficiales facciones adquirieron cierta grandeza cuando dijo:

—Los hombres que están en edad de ser llamados para el servicio militar, no pueden irse, y en Cuba esa edad corre desde los 16 a los 27 años. Son muy pocas las mujeres que no tengan algún hombre de esa edad en sus vidas... hermanos, hijos, novios...

Se quedó callada mirando mi silencio.

El camión es un camión soviético de seis ruedas, fuerte, duro, sin gracia. Avanza seguro por un empinado camino de montaña, llevamos ya cerca de hora y media cuando el oscuro antebrazo del conductor señala hacia adelante.

—Ahí es —dice—. Minas del Frío.

Sobre el último repecho de la montaña el perfil de un galpón se recorta contra el cielo. Estoy en la provincia de Oriente, la zona más tropical de la isla. Un monte espeso bordea el camino, cada tanto una casa de madera con techo de palma en una isleta de tierra apisonada

o un río que corre sobre el suelo caliente mientras un grupo de mulatas lava la ropa sobre las piedras, o una mula marchita de trópico montada por un guajiro con la espalda derecha, estribando largo, enhorquetado como un huazo chileno en un caballo de sobrepaso.

El camión trepa firmemente, su trompa cuadrada ha llegado a la cumbre de la montaña y el horizonte de rocas o de árboles se abre ahora en un valle de tierra colorada.

—Acá es la escuela —me dice el chofer.

—Sí —digo yo—, porque no hay duda de que ésa es la escuela, son las dos de la tarde y los alumnos van apareciendo por distintos lados, pero no vienen en grupos de 30 ó 40 en dirección a la clase, ni siquiera en sectores de 50 ó de 100, vienen de a miles y miles, esquivando los charcos, saltando sobre las piedras, charlando, cantando. Son 7.000 los chicos que han invadido la tarde. Son 7.000 alumnos de primer año de la Escuela Normal de Cuba, y pronto me veo rodeado por un mar de caras que ríen y saludan y hacen chistes o imitan a Gardel.

Minas del Frío es el primer paso de esta gran fábrica de hombres que ahora es Cuba. Allí se dicta el primer año normal. El 70 % de los alumnos son mujeres. Las clases son prácticamente al aire libre, pues las aulas no tienen paredes, solamente un techo de paja. Todos están muy abrigados, estamos en febrero, pleno invierno

cubano, que equivale a una primavera de Buenos Aires, pero a esta altura el aire es mucho más frío que en La Habana. Los dormitorios son grandes cuadras como de cuartel pero no hay camas, simplemente se ven los ganchos en donde cada alumno cuelga su hamaca.

El fin de este sistema es preparar a los futuros maestros para trabajar en el campo. El segundo año lo hacen en otro colegio similar, y el tercero y el cuarto en colegios de ciudad.

El director es un hombre de unos 35 años, parece más un sargento de zapadores que un maestro. Viste ropa militar, botas, una boina. Es fuerte, personal e inteligente. Cuando habla con algún chico su cara se transforma de bondad.

Dentro de la escuela, como en toda institución cubana, existe un grupo de miembros del Partido Comunista; generalmente es un grupo chico. El partido en Cuba está compuesto por una minoría muy selecta, que es a su vez un fuerte factor de poder.

—¿Cuál es su misión acá? —le pregunto a uno de ellos.

—Dirección ideológica —me contesta.

—¿Cuántos miembros del partido hay acá?

Me dice una cantidad que no recuerdo, y me habla después de las exigencias que son imprescindibles para entrar en el partido.

—Cada miembro del partido tiene que ser

un modelo para los demás, tiene que ser el más trabajador, el más sacrificado, el mejor compañero.

—¿No habrá peligro de que con los años se encuentren con un partido de muy buenos ciudadanos pero sin genio, sin magia, sin la locura creadora de los grandes hombres?

—No lo entiendo —me dice.

—Si Einstein fuese un borracho, ¿lo admitirían en el partido?

—No —me contesta, embanderándose tal vez en uno de los sectores de una polémica que tarde o temprano tendrá que afrontar el marxismo.

Caminamos un rato en silencio, después él me señala una casita rodeada por un ingenuo pasto recortado.

—Ahí vivió el Che Guevara durante más de un año —me dice.

Yo empujo la puerta y entro. Está vacía. Entre las paredes blanqueadas, las voces de afuera quedan acalladas como si el silencio se integrase con el espacio para formar un monumento, un bloque de aire y de recuerdos, un cubo de emoción y de agradecimiento colocado en la montaña con el marco de Cuba a sus costados. Camino por el cuadrado piso de tierra apisonada y me imagino a su persona tirada sobre una cama, imagino su asma como un tenaz animal jadeando dentro de su cuerpo, prisionero de su voluntad, dialogando cada tanto a través de la

boca abierta con el vaporizador que lo aplaca por momentos, despertándose a la noche e instalándose en su vigilia como reclamando ese aire que Batista había usurpado a la bandera, convirtiendo sus franjas horizontales en las rejas verticales que encerraban a su estrella.

Abro la puerta y salgo a esa Cuba que ríe con los pies en el barro, a esa Cuba que marcha en desorden eludiendo las piedras y los charcos, a esa Cuba que invade las aulas sin paredes y se instala en los bancos como en una trinchera tomada por asalto.

—¡Bocealo chico, bocealo, no lo dejés acercarl

La izquierda del boxeador repiquetea en jab sobre la negra cara transpirada, la derecha se mantiene junto a la mandíbula con el codo hacia abajo protegiendo las costillas.

Tanto él como su adversario parecen dos chicos ingleses boxeando en el gimnasio de un colegio. Y no dos negros cubanos nacidos en esa isla en donde Kid Gavilán derribó adversarios, títulos y teorías con el personalísimo caos de su estilo sin estilo y ese "bolo punch" que nacía en algún punto de una hipérbole que ni siquiera él sabía de dónde provenía.

Después de la pelea entré en los vestuarios. Un medio pesado extendido en una camilla era masajeador. Más allá un boxeador verificaba las vendas y luego introducía una de sus manos en el guante que alguien sostenía delante de él co-

mo quien escoge un bombón de alguna caja.

Alguien le hizo un chiste y las facciones se apretaron en la cara para dejar lugar a esa risa que lo inundó como el estallido de un merengue en la boca de un chico. Un boxeador sin dientes se me acercó.

—¡Ramiro! —me dijo.

—Dalmiro —le corregí.

—Es lo mismo, chico.

Nos abrazamos. Lo había conocido hacía años en Buenos Aires en el Royal, unos días antes de la pelea de Sis con Archie Moore. Era un duro profesional de mano pesada y rápida, pero demasiado bajo para su categoría. Lo llamábamos "Cubano".

—¿Qué estás haciendo acá? —le digo.

—Tengo tres muchachos que pelean esta noche.

—¿Te has hecho manager, Cubano?

—¿Manager? —se rió—, ahora no hay más managers en Cuba, por lo menos no como los de antes. Tengo alumnos. Y me contó entonces cómo era el boxeo actual. Como en todos los deportes de Cuba, no hay más profesionalismo, lo más que puede pasar es que un deportista pueda dedicar su día completo para entrenarse ganando el mismo sueldo que gana en su profesión permanente. Existe una escuela oficial de boxeadores, en donde junto con el box tienen estudios complementarios. Los menores de edad

sólo pelean 3 rounds de 2 minutos y con protector frontal. Las peleas se detienen al menor síntoma de peligro. Hay muchos K.O. debido a la clásica pegada cubana. Los referees estudian también en una escuela de referees, parecen mucho más preocupados por los boxeadores que por el espectáculo. Todo el ambiente es sano, tranquilo y alegre, no existe ni la pujanza ni el salvajismo del box profesional.

—¿Pero cuáles son los resultados? —le pregunté.

—Muy buenos. Mira a ése por ejemplo, ese chico fue alumno mío el año pasado, no sabía ni pararse.

—Lo vi pelear —le dije—. Lo acabo de ver. No me pareció gran cosa.

—Es muy bueno, el año que viene termina el secundario.

—No digo como estudiante, digo como boxeador.

—Como boxeador no va a dar mucho más.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué no se lo decís?

—Él lo sabe.

—¿Y por qué sigue?

—Porque le gusta. Él sabe que no va a ser ningún campeón pero le gusta —se ríe y me golpea en el hombro—. Esto es deporte, chico, no negocio.

—¿Te imaginás, Cubano, un Kid Chocolate saliendo de este sistema.

—No. Pero tampoco un Lavorante.

—¿Y qué es más importante, tener un Kid Chocolate o no tener un Lavorante?

—... Y a ustedes ¿qué les parece?

El que hacía la pregunta era Dorticós, presidente de Cuba, uno de los hombres más lúcidos que conocí en mi vida. Dos días más tarde estábamos sentados frente a él, las veintitantas personas de todo el mundo que componíamos el Jurado Literario de la Casa de las Américas. Él volvió a insistir con su pregunta:

—¿Qué les parece, se puede hablar de un idioma creativo cubano? ¿Se puede decir que en Cuba ya existe una línea creativa?

Pensé entonces en los trabajos presentados al concurso, en donde la inmensa mayoría de los cubanos hablaban de temas anteriores al triunfo revolucionario, de la época aquella en que los Kides Chocolates surgían entre los cadáveres de los Lavorantes, de la época en que Fidel Castro cincelaba su grandeza en la pequeñez de su celda. ¿Un idioma creativo cubano? ¿Si un creador es un traidor a su mundo y a su tiempo, si un creador es un delator que señala la escoria que abonó su rebeldía, podrá Cuba llegar a tener un idioma creativo? ¿Un idioma en donde el arte deje de ser una consecuencia para convertirse en una causa? Miré en-

tonces las caras de esos escritores de todo el mundo, la mayoría provenientes de países en donde la creación se nutría de la queja y de la injusticia. Miré la cara de los argentinos Fernández Moreno, Marechal, Lizarraga, Rozenmacher (Cortázar se había ido el día anterior). Miré la cara de los uruguayos, de los mexicanos, de los chilenos, de los venezolanos, de los guatemaltecos, de los norteamericanos, de los españoles, de los representantes de todo ese mundo que junto conmigo habíamos observado durante cerca de un mes la aurora de ese mundo, de ese nuevo mundo que marchaba, creando sobre la marcha, aplastando sus errores y sus miedos, avanzando entre los cañaverales, cantando, sudando, riendo ante los ojos asombrados de los teóricos capitalistas y marxistas, cincelando a golpes de machetes su lema "Patria o Muerte" sobre el suelo de esa isla, de esa isla que tiene puesta su fe en la esperanza, y en donde la esperanza ya no lleva el nombre de la espera.

Entonces uno de nosotros le contestó al presidente de Cuba:

—Compañero . . .

## DESCARGA

FRANCISCO URONDO

ESTOY por entrar al cine Luxor, sobre la calle Lavalle; voy a ver una que en su idioma original se llamaba Rey de Corazón o de Corazones y aquí la han rebautizado —imperativos comerciales— con un nombre absurdo que no me acuerdo bien cual es. Me han hablado bien de ese film y cuando salga opinaré, en efecto, que es muy lindo, que anda en esa línea de películas francesas como "Los visitantes de la noche" y alguna otra por el estilo; que el director —de Brocca— es muy bueno y una serie de cosas más. Antes de someterme al tratamiento de hoteleros y acomodadores y disponerme a mirar el noticiero —donde ya sabemos las barbaridades que se pueden llegar a decir—, alcanzo a releer los titulares de "la quinta", justo en la esquina del cine. Pero sigo de largo porque esa noticia de que lo habían agarrado, era un cuento de la semana pasada. "Este chanta

—chantapufi— de Barrientos”, reflexionó, play boy subdesarrollado, fanfarrón, como dijo el último Nouvelle Observateur; ese que sacó en tapa una foto suya, adelantándose en una semana a lo que harían practicamente todas las publicaciones del mundo; ese número que tenía el artículo donde se decían cosas tan justas como que él no es un Quijote, como muchos piensan sobradamente, sino que del Quijote sólo tiene el estilo y otra historia son los objetivos de uno y de otro.

Entro finalmente al cine y —tenían razón— la película es linda, nomás: un grupo de locos se hacen cargo de la ciudad; son locos cando-rosos y ahora ocupan el lugar de la gente sana, pero ellos no tienen problemas, ni disputas, ni muertes: se entienden, el amor los rige. Alentado por la proposición del film, me vuelvo a casa caminando y me pongo a cocinar un guiso de lentejas que todos dicen que me sale muy rico: vienen amigos a comer, a despedir a otro amigo que se va a Francia a trabajar, porque de aquí, de su país, prácticamente lo han echado a patadas, cuando vinieron estos últimos diciendo que iban a arreglar todo; así nuestro amigo hablará otra lengua, enseñará allí lo que pudo haber enseñado aquí, nos extrañará y nosotros también, compañeros de mi vida. Melancólicamente, cariñosamente, condimento

ese plato fuerte; pero tengo problemas para meterme en el asunto: me interrumpen, me llaman por teléfono porque la noticia ha tomado un cuerpo que no alcanzó en ningún momento de la semana anterior. Puede ser una patraña mejor armada; una patraña para desalentar —me repugna la gente que se mueve sobre el desaliento—; dentro de pocos minutos empezará a llover. Durante una semana lloverá ininterrumpidamente y los menos crédulos, o los no supersticiosos, pensarán que es una casualidad; que es un poco excepcional lo que está ocurriendo, pero fortuito. Los amigos van llegando cada vez más mojados porque se largó en forma este tiempo de porquería. Pero las conjeturas esta vez no son a la porteña, es decir, no se habla de la humedad y las calamidades que desencadena; ni del hígado. Esta vez se conjetura de otra manera; no hay serenidad, hay silencios, nadie levanta la voz, así duden: es raro que pudieran acorralarlo, aunque la cosa anduviera muy mal —andar mal, andaba, porque en los últimos tiempos habían dejado de atacar, y cuando no se ataca—; y si todo fuera tan desastroso, tuvo que haber una manera de sacarlo de allí, era demasiado valioso para que una patrulla qualunque; claro que pudieron ser sorprendidos —esto pasa, las delaciones—. Pero todo tiene la facha de estar preparadito

por la siniestra y torpe y poderosa y enferma mano de la CIA.

Es imposible que tengan tanta suerte, o que las cosas estuvieran tan frágiles. Tan es así que al día siguiente nadie cree nada, aunque siga lloviendo; y las ilusiones son rescatadas y compro el diario y mojándome veo esas fotos, dios santo. Nadie se llama para ver qué le parece, si no será mula; al rato, uno que otro dice que las de La Prensa, son las mismas que las de La Razón; la misma con esos ojos abiertos, rompiendo el porvenir y esa especie de sonrisa en la boca fuerte, pero muerta. Bronca, mucha bronca; mucha rabia. Y una de esas tristezas que te la voglio dire, con ganas de llorar o de gritar como un burro perdido en el medio de las sierras. Es mi hermano mayor, el único que me quedaba y ni siquiera puedo rebuznar en el medio de la calle empapada, con el lomo echo sopa: es el único que me quedaba, después vienen los más chicos; sí, era el que le seguía. Lo seguíamos, mejor dicho; y no porque sí.

No, no tiene nada que ver con un aventurero; usted no puede entender bien esto, usted vive en un país rico y yo me doy cuenta porque también este es un país bastante rico al lado de lo que son estas patrias latinoamericanas. Por eso me doy cuenta, porque estoy un poco en el medio —ni chicha, ni limonada—, que usted no

puede entender mucho, por ahora. Yo un poco más, porque tengo amigos que se tienen que mandar a mudar, sin ir más lejos; y porque allí ultimamente la gente se viene muriendo de vieja y aquí, en este país que no es de los peores del continente, en Salta y seguramente en otras provincias, cada vez que pasa un minuto —creo que menos de un minuto— se muere un chico de enfermedades curables o sencillamente de hambre; y esto lo dice la UNICEF, o una de esas. De todas formas, aunque le resulte difícil hacerse a la idea, tendría que preocuparle la cosa por ese asunto de la dignidad humana; por esa idea de hacer un hombre nuevo, como él se ha cansado de repetir. No, no hay otros caminos; si quiere habrá muchas formas de andarlo, pero por las buenas no vamos a salir de perdedores.

Subo a un taxi y hablamos de él; recién empiezan a reconocerlo sus compatriotas, a saber que se arriesgó y eso impresiona, a lo mejor empieza a dar un poco de conciencia; el chófer admite que se podía haber quedado tranquilamente donde estaba y que, sin embargo, se metió en ese infierno de país y se las jugó. “Recién te avivás, che”, pero no le digo nada: ¿cómo podía saber este muchacho de barrio, meloneado por tanto Celtic y Bonavena y la vuelta de “El hombre”, que él andaba por allí, como un linyera, fusil al hombro, peleando por unas ideas

raras? "imposibles" dirán los profesionales de la política, mientras su mundo se les deshace en los pies. "Es un compatriota, viejo: como Fangio, como Gardel; hasta como San Martín". "Mejor que todos ellos puntos, querido". Que toda la historia y nuestras emancipaciones parciales, nuestras glorias aparentes y tangos llores que vienen lamentando esta muerte, como si aquellos compadres que inventaron la milonga, hubiesen sido víctimas de una sorda y melancólica premonición; aquellos cafiolos que ya tompoco están, porque todo está muerto y sigue lloviendo sobre la ciudad que se inunda, como Macondo, ese pueblo sobre el que llueve cuatro años seguidos, después de que los extranjeros manosearan y saquearan y envilecieran y asesinaran. O parece que las cosas pasaron mucho antes, cuando el famoso diluvio, que no debió ser para tanto al lado de lo que nos está pasando: aquí la cosa no se arregla con salvar un casalito de cada especie; o entramos todos en el arca, o nos morimos ahogados.

Pero todavía no nos ahogamos, empezamos a sufrir y reaparece una esperanza, asoma la cabeza con esa pertinacia que tiene la pobre, aunque nadie la llame y sea inútil; pero tanto insiste que uno termina hablando de trucaimiento de fotos, de que no lo dejaron ver por

la gente que lo conoció en vida, de que dónde diablos lo metieron, por qué razón esconder las huellas digitales y todo lo que puede llegar a hablar un habitante de esta ciudad cuando anda medio desesperado y se acoda en la mesa de un café, incluso suburbano, de esos que ya comienzan a inundarse por las lluvias. Avellaneda, Lanús, pronunciando su nombre por primera vez y en plena evacuación de inundados, en pleno naufragio de sus casitas propias, de sus propiedades privaditas.

Y viaja un hermano hasta el vecino país —país hermano— donde nadie sabe dónde estaban metidos los mineros, ni los estudiantes, ni qué pasó con los dirigentes —más vale que las cosas no hayan sido como después se diría, más vale que las delaciones no hayan ocurrido—; y el hermano llega, no para averiguar todas estas cosas, sino para saber simplemente si ese es realmente su hermano, para mirarlo por última vez y tirar sobre su cuerpo el primer puñado de tierra sometida. Pero llega tarde; lo tienen de aquí para allá y finalmente le salen con eso de que no sólo está enterrado, sino icinerado. Aquí empezaron a crecer las fantasías, ya que era imposible icinerarlo porque no había crematorios en el lugar; de que habían llevado el cuerpo de aquí para allá, incluso a los Estados Unidos. En fin, pasaba lo que pasó

con el cadáver de Evita que todavía andan diciendo cosas y descubriendo lugares. Pero lo grave es que con tantas contradicciones evasivas, todos sospechan de que no sea suyo ese cuerpo que en pena andará por aquellos cerros, o por las "entrañas del monstruo". Finalmente nadie cree que todo esto sea cierto y su hermano sonríe y hasta nos entusiasmamos, por que la esperanza, esa maldita, nos ha seducido otra vez y ya nadie cree, ni el taxista, ni los inundados, ni nosotros y Ovando que, como si nada tuviera que ver con el asesinato, le comenta al propio hermano, "porque no se fue", como diciendo "porque nos obligó a esto que ahora nos acongoja". "Por qué no se fue; su hermano se pudo haber escapado, si quería".

Todos piensan que trataba de embalarlo, que no responden sus palabras ni siquiera al posible cansancio del asesino profesional; a su tedio sustentado en la pereza que le va dando reiterar monotonamente su tarea, aunque en particular esta gente haya sido la primera vez que lo hace; no importa, porque son herederos asesinos. Y yo pienso que si él ha muerto así, en esas manos, nosotros, hombres de su generación, también terminaremos de mala manera, derrotados o con un balazo trapero y los ojos abiertos para llegar a mirar, como los gatos, en

plena noche, en plena violencia, los primeros pasos del único mundo que admitimos.

Y, justamente, esa noche, todo hace pensar que no hay dudas, que ya empezó la cosa, que nadie intente volverse atrás, porque es demasiado tarde, casi de madrugada y abrimos el diario fresquito —todavía con olor a tinta— y, para mayores detalles, en la segunda de Clarín, Debray declarando, extendiendo el primer certificado de defunción, porque, aunque la haya pasado muy mal, por más que lo hayan torturado más allá de lo imaginable, no podía decir que está muerto, si no tiene la certeza absoluta. Y me imagino a los enviados especiales, tan mundanos, tan acostumbrados a andar por allí, y ahora llenos de polvo y calor y polvo y coyas que lo miran sin sonreír; sin saber que tienen que hacer; si delatar, o salvar, balbuceando una vida triste, demasiado tiempo arrinconada.

Esa noche no hay caso, no te podés dormir: alguien te agarra de la garganta y no te deja respirar y querés gritas, como un burro, como un cóndor, como un pobre gato herido, y no hay caso. Tampoco se puede llorar; a lo mejor dar una trompada contra una pared, o contra la puerta, y romperte una mano o romper los visillos de madera, y los vecinos no tienen idea de por qué uno se ha puesto así y pasa una pareja por la calle y te miran y sigue lloviendo.

Dentro de un rato vamos al puerto a despedir a ese amigo; no se habla de otra cosa. Antes mi mujer le ha pasado a mi hija el cuento de Cortazar que tiene un epígrafe de él y cuando lo leo, cuando llego a eso de morir dignamente junto a un árbol, estoy a punto de no aguantar, de reventar. Al día siguiente me pasa lo mismo, cuando escucho el disco donde el otro dice que esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar.

Vuelven el hermano y el padre, y no se sabe cómo la esperanza es reflatada: tenía ese Ramón los molares que él ya no tenía; tampoco hablaron los médicos de la herida de Playa Girón y las infelices ilusiones se reacomodan sobre un lecho de hojas quebradizas, porque justamente la muerte les sirve de sustento.

Ahora sí que sigue lloviendo y es domingo y teóricamente han pasado ocho días; después conoceremos el nombre de ese sargento Terán y de ese capitancito Gary Prado y las órdenes que él mismo impartía para que lo curaran, y ese cachetazo al coronel Selnich y Centeno Anaya y esa bala en el corazón y otros detalles como los testimonios de que no estaba herido de muerte, dado por los soldaditos Beno Giménez, Miguel Taboada, Julio y otros que también vieron cómo el capitán o el coronel disparaba

su pistola y el forense Martínez Caso asegurando que tenía siete heridas de bala, cinco de ellas en las piernas, una en la garganta y la restante en el pectoral, debajo de la tetilla izquierda; este proyectil le atravesó el corazón y el pulmón.

—¿Usted cree que con esa herida puede sobrevivir siquiera diez minutos?

—No, imposible, es una herida mortal.

En fin, estaba muerto y asesinado. Sigue lloviendo y es domingo y, teóricamente, han pasado ocho días. Hay ciento cincuenta mil refugiados, cien muertos; todos habitantes de Buenos Aires, la reina del Plata, la capital más grande del subdesarrollo. Manejo un Fiat 600 prestado y voy a casa de un amigo que tiene una radio transoceánica: en una de esas, a pesar de la tormenta, se puede escuchar el discurso de Fidel. Manejo despacio, con prudencia. Esta mañana amaneció muerta una tortuga que hacía un mes le había regalado a mi mujer y que es un bicho que se supone debe vivir más de trescientos años, que en realidad es un sobreviviente antediluviano. No se ve bien con esta cortina de agua, de tiempo, de porvenir muerto cayendo sobre la ciudad anegada; enciendo la radio del coche para ver si pasan algún informativo mientras vamos llegando y dicen que ha admitido que esa muerte es tris-

temente verídica. Ha corrido la suerte del agredido, aunque el agredido no corrió del todo su suerte, sigue vivo y coleando y ya escucho, en esa radio tan potente, detalles fatídicos entre descargas eléctricas, flotando en un eter contaminado.

No queda más remedio que admitir; al día siguiente su hermana me dice que sí, que era su cuerpo, que ahora se daba cuenta de que no quería reconocerlo, que negaba la gran desgracia de América. "Su cuerpo de santo", dice, "porque yo no sé si lo conocíamos bien, o no lo veíamos, pero le ha salido ese aspecto de santo", que a lo mejor también era necesario para sacudir a este mundo postrado; aunque nos parezca un precio demasiado alto para terminar con estas miserias y otras como el oficialismo de izquierda y los grupitos disidentes paralizados, y los focos aislados, y empezar de una buena vez, antes de que algunos pretendan desensillar y todo termine en lamentaciones. Porque aquí no se trata de andar dejándose madruguar. Veo el porvenir en el pelito de sus hijos y en el de los míos y en el de tantos en esta tierra basureada. Ya no se le pueden pedir órdenes a mi comandante; ya no anda para seguir contestando. Ya ha dado su respuesta. Habrá que recordarla o adivinarla: inventar los pasos de nuestro destino.

## CUBA, LA PERSPECTIVA DEL PROLETARIADO

JOSÉ VAZEILLES

LA SEGUNDA VEZ que viajé a Cuba, cuando el avión de Cubana descendía, oí que mi compañera de asiento murmuraba:

—“El lagarto verde . . .”, y vi que le asomaban lágrimas a los ojos. Luego pude observar que les pasaba lo mismo a varios pasajeros.

Sobre el trasfondo de mis propios sentimientos, esto me provocó diversas reacciones.

Me halagaba muy cálidamente sentir que la presencia de hecho de una revolución socialista producía sentimientos tan fuertes en seres humanos; sabiendo yo que varias de las personas emocionadas eran simpatizantes ideológicos de la revolución, pero no tenían ese vuelco tozudo y firme —invasor del cuerpo y la conciencia, de la percepción y los actos— que da, más allá de la convicción ideológica, la militancia cotidiana por hacer la revolución en el propio

país, pensaba, alegre, cuánta fuerza de convicción humana objetiva tiene la revolución socialista, cómo habla por su sola realidad a los deseos más profundos de la gente, y cuán en situación contraria están nuestros enemigos.

Más aún, habiendo estado ya en Cuba, de antemano calculaba que ese sentimiento se iba a reforzar, con la estadía en la isla, en aquellos que iban por primera vez, porque el pueblo cubano y sus dirigentes viven muy intensamente su revolución, y transmiten con mucha fuerza sus sentimientos y convicciones.

Pero no las tenía todas conmigo. ¿Por qué? Pues porque temía sinceramente una carga religiosa en esos sentimientos; y quiero decir, en el sentido cabal del concepto, o sea, no neutral, sino con una fuerza de sustituir con una satisfacción que no proviene de la propia lucha la que debemos superar de ésta, y, por tanto, anuladora de la decisión de luchar.

“Dios es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de los hombres sin corazón”, no pude menos que recordar.

Desde octubre de 1917 en adelante, cuántas frustraciones que la burguesía impone a los hombres se han consolado pasivamente por la existencia real del Mundo Socialista; cuántos fracasos revolucionarios se han justificado por

sus realizaciones en la construcción del mundo nuevo.

Pero he aquí que cuando vemos al mundo nuevo como existencia lograda, el mundo viejo, el capitalismo, que también existe, aparece en nosotros bajo la forma de la resignación religiosa, que allí donde domina, le permite seguir ejerciendo sobre nosotros su dominación.

No sé si a todos los militantes que han visitado Cuba les ha pasado lo mismo, pero a mí esa sensación agridulce se me grabó con mucha fuerza a raíz de mis viajes. Mi forma de percibir la revolución cubana estuvo siempre ubicada dentro de un campo más amplio que la propia Cuba, que incluía mi propia situación como militante argentino, y la situación de los demás latinoamericanos que estaban allí.

No quiero decir, precisamente, en términos genéricos e intelectuales: la situación de Cuba dentro del proceso revolucionario latinoamericano; nada de eso; me refiero a algo mucho más concreto e inmediato: mi percepción directa de la revolución y el pueblo cubano, juntamente con la percepción también directa de la perspectiva de los latinoamericanos allí presentes, militantes o no, en el grado de la firmeza y convicción, la capacidad de análisis, de crítica y autocrítica y al mismo tiempo, en el

efecto que la realidad cubana provocaba en todo eso.

Pienso que esta es la forma más veraz de hablar de Cuba, y por lo tanto —si el materialismo dialéctico no está equivocado—, también la más eficaz. No niego que presentar simplemente, sin más, las realizaciones socialistas de Cuba, es una tarea útil y revolucionaria. ¿Pero cómo unir esta realidad con la nuestra propia, cómo dar respuesta al interrogante fundamental, que es el destino social de todos, a partir de los que *hoy* nos pasa?

### *Las masas populares cubanas*

Desde luego, mis conocimientos acerca de las masas cubanas no tienen carácter estadístico. Pero creo que no es nada casual que las conversaciones que pude tener con hombres y mujeres del pueblo arrojen resultados con un sentido único y claro. Pero además, es un proceso revolucionario la acción de las masas es sumamente visible: ellas protagonizan, como actrices, los acontecimientos de la vida cotidiana.

Quiero tomar de entrada el problema que puede parecer más espinoso: el del racionamiento. En una de mis conversaciones con un cubano que no está adscripto a la administración de la producción, éste me dijo que, por ejemplo, si

bien es cierto que la carne está racionada, en el matadero de La Habana ahora se faena una cantidad de animales equivalente a más del doble de la que se faenaba antes de la revolución.

No me preocupé, lo confieso, por confirmar cifras, pero luego otro compañero cubano que había trabajado en el Ministerio de Industrias, me confirmó que la apreciación era bastante exacta.

Pero lo que me importa resaltar del hecho, no es tanto la cuestión de que el racionamiento en Cuba es producto de un gran aumento en el consumo de las masas, cosa fácil de probar con varias estadísticas, sino la circunstancia de que el pueblo cubano es claramente conciente de ello. Todas mis otras conversaciones con hombres y mujeres del pueblo me transmitieron, a través de hechos concretos como el citado, e incluso del conocimiento de cifras estadísticas, esa impresión. No quiero, de ninguna manera, pintar un cuadro idílico y paradisíaco: la gente tiene necesidades insatisfechas, y así lo manifiesta. Pero eso sucede, dentro de la conciencia de que, en primer lugar, ahora las satisfacen mucho más que antes, en segundo lugar, que han pasado de un sistema social donde esas necesidades carecían de valor para el imperialismo y las clases dominantes a otro donde constituyen piedra angular de la organización so-

cial, y en tercer lugar, que las insatisfacciones recién bajo el socialismo pueden ser enfrentadas como problemas a solucionar, y no apagarse en la resignación claudicante o la desesperación.

No sucede ésto sólo con los bienes puramente materiales. En Cuba se editan actualmente libros y material impreso en una cantidad enormemente mayor que antes de la Revolución: se agotan casi siempre y la gente queda hambrienta de más lectura. ¡Pero cómo no va a pasar esto en un país que ha reducido sus índices de analfabetismo de 26,3% a 3,9%, que ha cuadruplicado su número de maestros, que ha vuelto la educación un derecho accesible a todo el pueblo!

Por esto es que, en mi modesta opinión, muchos militantes y simpatizantes latinoamericanos se preocupan de los efectos políticos del racionamiento en forma falsa y excesiva. Pienso que esto puede deberse a no comprender cuál es el punto de vista del proletariado sobre estos problemas. Justamente un compatriota me decía, hablando del hecho, que, en nuestro país, después de la revolución, no haría falta recurrir a tales racionamientos, por la abundancia de materias primas alimenticias y se congratulaba de tal predicción sosteniendo que, a nuestro proletariado, por sus características nacionales, le sería aún más costoso que al cubano o cualquier

otro, no poder comprar “libremente” sus artículos en la carnicería, la verdulería y la tienda.

Opino que este seudonacionalismo consiste en adjudicar al proletariado ideas pequeño-burguesas que no tiene. Me ha sucedido con cierta frecuencia, con compañeros que al compartir posiciones políticas muy generales de las masas populares, sienten que “están dentro de la masa”, “trabajando con ella”, y se consideran autorizados para hablar en nombre del proletariado, traspasándole sus propios sentimientos, como “comprar libremente” en el comercio minorista, o el repudio sustancial “de principios”, a cualquier posición revolucionaria marxista, usando lo “nacional” para negar no ya la conciencia histórica revolucionaria de la clase obrera (que efectivamente *todavía* no existe), sino la simple conciencia *en sí*.

Debo confesar que, en general, estos argumentos me han causado gracia. En primer lugar, porque me considero *nacionalista*, pero en un sentido muy diferente: creo que nuestro proletariado (como el de cualquier otro pueblo) tiene sus características peculiares, pero con basamento en la lucha de clases como valor universal; creo que desde *dentro* de la nación el

proletariado es la *fuerza productiva* nacional fundamental para la revolución, alrededor de la cual es necesario organizar a todas las otras fuerzas productivas que enfrentan al imperia- lismo. En segundo lugar, porque he participado en luchas sindicales modestas pero muy com- bativas, donde he comprobado que hacer agre- sivamente públicas mis ideas marxistas jamás provocaron obstáculos ni en la camaradería con mis compañeros obreros ni en la eficacia de la lucha, y que todos los contenidos típicamente clasistas, básicos, que aún no tienen sentido re- volucionario, pero que sólo pueden ser desarro- llados a través de la revolución y el socialismo están presentes en la clase obrera. Si alguien cree que nuestro proletariado no está de acuer- do, no sólo con el control de precios, sino aún con la distribución estatal de todos los artículos de consumo, nó lo conoce.

Sin embargo, aunque estas opiniones puedan parecerme fútiles, en cuanto creo que no pue- den provocarme confusión sobre algunas ver- dades modestas e insuficientes, pero fundamen- tales para la praxis revolucionaria en nuestro país, pienso que en cambio causan mucha con- fusión en la conciencia común de la revolución latinoamericana, y son correlativas de cierta for- ma de ver la propia revolución cubana.

Esto no es una mera prevención genérica: en

Cuba, me he visto obligado a discutir con mi- litantes politizados, cubanos o de otros países latinoamericanos, que creían que *la mayoría* de nuestro proletariado industrial constituía una *aristocracia obrera*, una capa de altos ingresos y que en consecuencia resultaba prácticamente imposible ganarlos para la revolución; segura- mente no es su responsabilidad contar con se- mejantes datos.

Esta perspectiva, que desgraciadamente se transmite de un país a otro, obra para ver la propia Cuba. El "folklore" tradicional dice que el pueblo cubano es alegre; yo creo que esto es, parcialmente, verdad, pero que además el pueblo cubano tiene *alegría revolucionaria*, que no es explosiva, como su alegría "folklórica", sino seria. Por eso me sorprende escuchar a otro visitante que me dice: "el pueblo cubano es triste". Al ver mi sorpresa, me explica que trabaja mucho, que el socialismo obliga a una vida predeterminada, que en nuestros países de- pendientes hay más miseria, pero más esponta- neidad y alegría.

Sinceramente, en ese momento no me dieron muchas ganas de contestarle. Pero pensé para mí: "Seguro que nunca, mal dormido y en una oscura madrugada de invierno, con frío, viste desde el ómnibus de la empresa, otra vez más, la silueta del establecimiento donde día tras día

dejabas la mitad de tu tiempo sin otro sentido que ganarte la vida; y seguro que no comprobaste cómo en todos los compañeros surgía espontáneamente la imagen, no ya del cuartel, sino de la cárcel”.

La respuesta que desde mis conversaciones con trabajadores cubanos se puede dar a esto, sin duda parece panfletaria, un *cliché*, pero es un hecho verdadero, simple, profundo: “Ahora trabajamos más —me dijeron todos sin excepción alguna— pero ahora trabajamos para nosotros, se acabó la explotación; trabajamos para Cuba y para nuestros hijos”.

Nuevamente, no quiero presentar de este hecho una imagen idílica. No he visto a los cubanos reírse al trabajar como si les hicieran cosquillas, o estuvieran viendo una película de Chaplin. A veces cantan, es verdad, pero no siempre. Es más, es frecuente que frente a tal o cual trabajo, le digan a uno: “Mira chico, aquello es duro; hay que darle y darle; pero es necesario hacerlo, porque tenemos que obtener *nuestro objetivo*.” Quizá es casual, pero nunca oí una queja por el trabajo, en el sentido propio de la palabra.

Yo pienso que esto no es nada casual ¿o es que la conciencia política e histórica de la clase trabajadora no es un factor operante? Trabajar cansa, siempre; pero no es lo mismo cansarse

para enriquecer al imperialismo y la burguesía que cansarse por la comunidad.

Es triste tener que repetir estas cosas, que desde el punto de vista teórico son verdades de perogrullo. Pero más triste aún que compañeros latinoamericanos no las vean, *encarnadas*, cuando las tienen, casi atropellándolos, delante de los ojos. Muchos, al mismo tiempo, estaban muy preocupados por detalles técnicos de cañones y metrallas. ¡Eso, el que quiera, lo puede ver en cualquier parte del mundo! Para mí, lo que es importante ver en Cuba es el pueblo trabajador, en concreto, haciendo su propio destino.

No quiero hacer de esto una cuestión de personas, ni aún así anónima como es. Creo que las actitudes a que me refiero no implican un desconocimiento teórico puro de las verdades revolucionarias, a esta altura del siglo xx. Pero la forma demasiado rápida es cómo se las da por *descontadas* (se fija la atención en puros *resultados* revolucionarios, en cifras militares o económicas, y luego se dan perspectivas sobre el trabajador cubano, como triste, o el argentino, como propenso a tener especial pasión por la libertad de comercio) me hacen desconfiar de la solidez de ese conocimiento teórico.

No es viendo religiosamente el *resultado* cubano, como podremos fortificarnos y aprender; es viendo el pedazo de humanidad que hay en

Cuba en movimiento histórico, como nos será más fácil ver a nuestros propios pueblos en sus profundas posibilidades revolucionarias. Lo igual está en las verdades universales de las luchas de clases, del nivel armado en que tiene que operarse el cambio del poder del Estado, de la construcción humanista del socialismo, de la implacable regresión y crueldad del imperia- lismo. Pero tampoco podremos ver bien cómo funcionan esas verdades en Cuba si no atis- bamos, en nuestro atraso revolucionario, cuáles son las posibilidades que tienen de crecer, pe- culiariamente, en cada uno de nuestros pueblos.

### *El tiempo revolucionario*

El pueblo cubano se ve claramente a sí mis- mo en este proceso, en movimiento. Nunca más claro es esto que cuando recuerdan el pasado anterior a la revolución. “Antes vivíamos enga- ñados”, es una frase sincera, sencilla, sin ningún falso pudor, humilde, con la convicción clara de poder acceder ahora a la verdad, que he es- cuchado muy a menudo en la boca de hombres y mujeres de Cuba.

¿Quiere decir esto que creían que Batista era una magnífico gobernante? De ningún mo- do: pero quizá pensaban que era el único po- sible y, en general, estaban resignados al modo

de vida que les imponía el capitalismo imperia- lista. Un trabajador me cuenta estas cosas tan simples: “antes, nunca sabíamos cuándo íbamos a comer, ahora tengo trabajo permanente, casa y comida seguras; antes, no podía leer los dia- rios porque no sabía, ahora he aprendido a leer; antes, nunca siquiera soñé que podría educar a mis hijos; ahora (con orgullo) mi hija mayor estudia para maestra, está en Topes de Collan- tes (en el Escambray, donde se sigue la segun- da parte de la enseñanza secundaria para maes- tros; la primera es en Minas de Frío, Sierra Maestra, y la tercera, en La Habana); antes, se me murió un hijo por falta de atención médica; ahora, cada vez que se enferman, tienen una atención muy buena. Sin embargo —agrega—, yo no creía que esto fuera posible. Nos decían que Fidel era comunista, que iba a hacer cosas malas, no sabíamos qué creer. Poco a poco fui- mos teniendo fe, y ahora, con todas estas cosas, estamos convencidos, sabemos la verdad”.

Así, son millones. Desde dentro de Cuba se ve muy claramente cuán fantasiosos e ilusorios fueron los planes de la CIA de provocar una contrarrevolución con apoyo de masas.

Pero además, el haber vivido este cambio, le da al pueblo cubano una conciencia sencilla pero lúcida de los problemas que tenemos que enfrentar en nuestros países. Me ocurrió muy

a menudo con trabajadores cubanos que, luego de hacerles una ligera descripción social y política de la Argentina, sus comentarios giran alrededor de la necesidad de movilizar para la revolución a las masas del proletariado urbano y destruir a la burocracia sindical. “—Esos son los peores, chico”, me dijeron más de una vez.

En verdad, aunque pueda parecer ingenuo, debo confesar que la preocupación del pueblo cubano por las luchas revolucionarias de otros países me emocionó. Particularmente preocupados por la suerte de algunos movimientos guerrilleros, pero en general por todas las luchas populares, los cubanos hablan de política internacional como en nuestros países se habla de deportes o cine. Pienso que en ésto tienen mucho mérito el gobierno y el P. C. C., que se han preocupado muy intensamente de la educación política del pueblo.

¡Cuánta potencialidad de cambio positivo en el hombre! Estos hombres y mujeres son los mismos que antes no creían en la revolución, y sin embargo llevaban dentro de sí la posibilidad de creer. Pero es imposible percibir este cambio si, en nombre de las deficiencias actuales en la conciencia de nuestros pueblos aún sometidos, se postulan tantos desanimos, tantos oportunistas, tantos atajos fáciles.

## *Pueblo y gobierno*

Varias revistas internacionales han relatado en detalle de qué modo Fidel tiene un estrecho y asiduo contacto con el pueblo. Por eso, aunque lo he visto personalmente, no voy a insistir en los aspectos descriptivos de este hecho.

Pero sí me interesa su significado: y es que se inserta en una realidad de fondo, que a mi juicio es una de las peculiaridades más importantes de la revolución cubana. El pueblo cubano no vive y siente al poder administrador como algo ajeno, como algo que está en frente o separado de él, sino como a una fuerza directiva, pero que se entreteje vivamente con su vida cotidiana, con su propia voluntad, desde la perspectiva misma de los problemas populares, sin intereses esencialmente diferentes, sin directivas difíciles de entender.

He comprobado que muchos latinoamericanos no se percatan del problema de fondo. Las más de las veces, y en el mejor de los casos, lo atribuyen, en formas más o menos risueñas, a las características personales de Fidel. Pienso que no han sacado las implicancias que para la acción de gobierno, tienen las concepciones expuestas por el “Che” en *El socialismo y el hombre en Cuba*.

Para mí es evidente que esa relación pueblo-gobierno es producto de la concepción política de todo un equipo dirigente. Desde luego, la personalidad de Fidel es especialmente apta para la ejecución de esos criterios, pero esto es algo que sucede por lo general con los líderes. Aunque él sea la expresión más cabal, basta observar otros hechos para caer en cuenta que no es la única: el modo como el pueblo cubano vive la figura del "Che", o sea, como el ejemplo del revolucionario cabal e insobornable, la manera cómo se presentó el presidente Dorticós a discutir con los periodistas, en la audiencia pública donde fueron presentados los agentes de la CIA capturados por Cuba, sin ningún falso protocolo, la falta de insignias lujosas en los uniformes militares y muchos otros.

En el peor de los casos, algunos latinoamericanos atribuyen esta actitud a una especie de cálculo político, y creen que los dirigentes cubanos actúan al modo de otros líderes populares del mundo, con ideología no socialista, que buscan el apoyo de las masas, para enfrentar a sus enemigos. Y no es que critiquen: les parece bien. Pero yo pienso que están muy equivocados.

El liderazgo de Fidel (y del equipo dirigente) es de otro carácter. Yo diría que al mismo tiempo cuenta con un apoyo incomparablemente

más firme, y también mucho más exigido y condicionado por las masas populares. Pienso que la tensión entre esas exigencias y ese firmísimo apoyo se resuelve muy bien en la estrecha relación que existe entre el pueblo y el gobierno, real, concreta, cotidiana. No sé si todo socialismo trae necesariamente esa relación, pero si estoy convencido que sólo bajo el socialismo se puede dar; en caso contrario, la mediatización que significa tener que contemporizar con intereses burgueses, me parece que resulta fatal para obtener tal grado de consustanciación.

Yo he escuchado los claros y valientes discursos de Fidel con esa perspectiva. No he visto en él a un misterioso líder carismático, sino al primer y mejor formulador de la política revolucionaria de todo un pueblo.

Desde luego, esas formulaciones tienen su grandeza. Pero no la grandeza desde la óptica del prestigio burgués, que presenta a las masas manipuladas por poderes carismáticos u otros elementos mágicos, que en realidad son falsos. Esta grandeza socialista es más profunda, porque es colectiva y no personal, porque es el reflejo de la creación trabajadora y de las aspiraciones legítimas de toda una colectividad.

Debo ser sincero y decir que me parece coherente que esto no se perciba, cuando no se percibe la perspectiva del proletariado. Admirar

religiosamente a Cuba nos puede tender muchas trampas. Percibir, en la vida concreta de su pueblo y su gobierno, cómo Cuba se mueve históricamente, como parte de “esta gran humanidad que ha dicho basta y ha echado a andar”, puede ser una gran fuente de auténtica fe revolucionaria.

## GUEVARA

RODOLFO WALSH

¿POR QUIÉN doblan las campanas? Doblan por nosotros. Me resulta imposible pensar en Guevara, desde esta lúgubre primavera de Buenos Aires, sin pensar en Hemingway, en Camilo, en Masetti, en Fabricio Ojeda, en toda esa maravillosa gente que era La Habana o pasaba por La Habana en el 50 y el 60. La nostalgia se codifica en un rosario de muertos y da un poco de vergüenza estar aquí sentado frente a una máquina de escribir, aun sabiendo que eso también es una especie de fatalidad, aun si uno pudiera consolarse con la idea de que es una fatalidad que sirve para algo.

Lo veo a Camilo, una mañana de domingo, volando bajo en un helicóptero sobre la playa de Coney Island, asomándose muerto de risa y la muchedumbre que gozaba con él desde abajo. Lo oigo al viejo Hemingway, en el aeropuerto de Rancho Boyeros, decir estas palabras penúltimas: “Vamos a ganar, nosotros los cubanos vamos a ganar”. Y ante mi sorpresa “*I’m not yankee, you know*”.

Interminablemente veo a Masetti en las madrugadas de Prensa Latina, cuando ya se tomaba mate y se escuchaban unos tangos, pero el asunto que volvía era el de esa revolución tan necesaria, aunque hoy se presente tan dura, tan vestida con la sangre de la gente que uno, admirado, simplemente quiso.

Nunca sabíamos en Prensa Latina cuándo iba a venir el Che, simplemente caía sin anunciarse, y la única señal de su presencia en el edificio eran dos guajiritos con el glorioso uniforme de la Sierra, uno se estacionaba junto al ascensor, otro ante la oficina de Masetti, metralleta al brazo. No sé exactamente por qué daban la impresión de que se harían matar por Guevara, y que cuando eso ocurriera no sería fácil.

Muchos tuvieron más suerte que yo, conversaron largamente con Guevara. Aunque no era imposible ni siquiera difícil yo me limtié a escucharlo, dos o tres veces, cuando hablaba con Masetti. Había preguntas por hacer pero no daban ganas de interrumpir o quizá las preguntas quedaban contestadas antes de que uno las hiciera. Sentía lo que él cuenta que sintió al ver por única vez a Frank País: sólo podría precisar en este momento que sus ojos mostraban en seguida al hombre poseído por una causa y que ese hombre era un ser superior. Yo leía sus artículos en *Verde Olivo*, lo escuchaba por T. V: parecía suficiente, porque Che Guevara era

hombre sin desdoblamiento. Sus escritos hablaban con su voz, y su voz era la misma en el papel o entre dos mates en aquella oficina del Retiro Médico.

Creo que los habaneros tardaron un poco en acostumbrarse a él; su humor frío y seco, tan porteño, debía caerles como un chubasco. Cuando lo entendieron, era uno de los hombres más queridos de Cuba.

De aquel humor se hacía la primera víctima. Que yo recuerde, ningún jefe de ejército, ningún general, ningún héroe se ha descrito a sí mismo huyendo en dos oportunidades. Del combate de Bueycito, donde se le trabó la ametralladora frente a un soldado enemigo que lo tiroteaba desde cerca, dice: "mi participación en aquel combate fue escasa y nada heroica, pues los pocos tiros los enfrenté con la parte posterior del cuerpo". Y refiriéndose a la sorpresa de Altos de Espinosa: "no hice nada más que una 'retirada estratégica' a toda velocidad en aquel encuentro". Exageraba él estas cosas, cuando todos sabían lo que acababa de recordar Fidel, que lo difícil era sacarlo del lugar donde hubiera más peligro. Dominaba su vanidad como el asma. En esa renuncia a las últimas pasiones, estaba el germen del hombre nuevo de que hablaba. Guevara no se proponía como un héroe; en todo caso, podía ser un héroe a la altura de todos. Pero esto, claro, no era cierto

para los demás. Su altura era anonadante: resultaba más fácil a veces desistir que seguirlo, y lo mismo ocurría con Fidel y la gente de la Sierra. Esta exigencia podía ponernos en crisis, y esta crisis tiene ahora su forma definitiva, tras los episodios de Bolivia.

Dicho más simplemente: nos cuesta a muchos eludir la vergüenza, no de estar vivos —porque no es el deseo de la muerte, es su contrario, la fuerza de la revolución—, sino de que Guevara haya muerto con tan pocos a su alrededor. Por supuesto, no sabíamos, oficialmente no sabíamos nada, pero algunos sospechábamos, temíamos. Fuimos lentos, ¿culpables? Inútil ya discutir la cosa, pero ese sentimiento que digo está, al menos para mí, y tal vez sea un nuevo punto de partida.

El agente de la CIA que según la agencia Reuter codeó y panceó a cien periodistas que en Valle Grande pretendían ver el cadáver, dijo una frase en inglés: “awright, get the hell out of here”.

Esta frase con su sello, su impronta, su marca criminal, quedará propuesta para la historia. Y su necesaria réplica: alguien tarde o temprano se irá al carajo de este continente. No serán los que nacieron en él. No será la memoria del Che. *Que ahora está desparramado en cien ciudades entregado al camino de quienes no lo conocieron.*

JUAN GELMAN

SOY DE UN país donde hace poco Carlos Molinas  
uruguayo anarquista y payador  
fue detenido  
en Bahía Blanca al sur del sur  
frente al inmenso mar como se dice  
fue detenido por la policía  
Carlos Molinas estaba  
cantando hilando coplas  
sobre el océano enorme los viajes  
los monstruos del océano enorme  
o coplas por ejemplo  
sobre el caballo que se acuesta en la pampa  
o sobre el cielo un suponer Carlos  
Molinas cantaba como siempre bellezas y dolores  
cuando  
de pronto el Che empezó a vivir a morir en su  
guitarra  
y así  
la policía lo detuvo

soy de un país donde se llora por el Che o en  
todo caso  
se canta por el Che y  
algunos están contentos con su muerte  
"vieron" dicen "estaba equivocado la cosa  
no es así" dicen y cómo carajo será la cosa no  
lo dicen o

prefieren recitar viejos versículos o  
indicar señalar aconsejar mientras  
los demás callan  
miran al aire con los ojos perdidos

el comandante Guevara entró a la muerte  
y allá andará según se dice

soy de un país donde costó creer que se moría y  
muchos  
un servidor entre otros  
se consolaba así:

"pero si él dice no hay que  
pelear hasta morir hay que  
pelear hasta vencer entonces no está muerto"  
otros lloraban demasiado como quien  
ha perdido a su padre y yo creo  
que él no es nuestro padre y  
con todo respeto creo que  
está mal llorarlo así

soy de un país donde los enemigos no  
pudieron depositar un solo insulto una sola

suciedad una sola pequeña porquería  
sobre él y hasta algunos  
lamentaron su muerte no  
por bondad o  
humanidad o pie  
dad

sino porque esos viejos perros  
o muertos con permiso sintieron por fin un  
enemigo que

valía la pena  
que un rayo de peligro  
entraba en escena y entonces  
iban a poder morir en serio  
a manos o a balas de verdad "y no  
en brazos de esta especie de disolución  
en que nos vamos disolviendo" como  
dijo uno de grande apellido

soy de un país donde sucedieron o suceden  
todas estas cosas y aun otras  
como traiciones y maldades en excesiva cantidad  
y el pueblo sufre y está ciego y naides  
lo defiende y sólo  
el Che se puso de pie para eso

pero  
ahora

el comandante Guevara entró a la muerte  
y allá andará según se dice

soy de un país complicadísimo  
latinoeurocosmopoliturbano  
criollojudipolacogalleguisitanoira  
según dicen los textos y los textos que dicen  
pues dicen y  
como dicen  
así será la historia pero yo  
les aseguro que no es cierto  
de este país de fantasía  
se fue Guevara una mañana y  
otra mañana volvió y siempre  
ha de volver a este país aunque no sea  
más que  
para mirarnos un poco un gran poquito y  
¿quién se habrá de aguantar?  
¿quién habrá de aguantarle la mirada?

pero  
ahora nomás  
el comandante Guevara entró a la muerte  
y allá andará según se dice

pregunto yo  
¿quién habrá de aguantarle la mirada?  
¿ustedes momias del partido comunista  
argentino?  
ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes izquierdistas que sí que no?  
ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes dueños de la verdad revelada?

ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes que miraron a China sin entender que  
mirar a China en realidad  
era mirar nuestro país?  
ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes pequeñitos  
teóricos del fuego por correo partidarios  
de la violencia por teléfono o  
del movimiento de masas metafísico?  
ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes sacerdotes del foquismo y más nada?  
ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes miembros del club  
de grandes culos sentados en "lo real"?  
ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes los que escupen  
sobre la vida sin  
advertir que en realidad están  
escupiendo contra el gran viento de la historia?  
ustedes lo dejaron caer  
¿ustedes que no creen en la magia?  
ustedes lo dejaron caer.

soy de un país donde al comandante Guevara  
lo dejaron caer:  
los militares los curas los homeópatas  
los martilleros públicos  
los refugiados españoles masoquistas judíos  
los patrones y

los obreros también por ahora

“Qué hombre qué hombrazo” sin embargo  
me dijo a mí un obrero pedro  
se llamaba se llama tiene  
mujer que no recibe  
hijitos por nacer y el pedro  
me decía “qué hombre qué hombrazo cómo  
lo quiero” decía el albañil pensando  
en su madre una puta  
famosa en toda Córdoba y madre  
de siete hijos que crió con amor  
Pedro ya con mayúscula  
cómo saludo tu rencor  
cómo te beso al pie de tus fracasos!  
“qué pelotas” me dijo Pedro un día hablándome  
del Che  
de ciertos adminículos que hierven  
bajo la paz conjetural  
de este país cosmopolita

el comandante Guevara entró a la muerte  
y allá andará según se dice

yo estoy escribiendo esto  
porque la Casa de las Américas de Cuba  
institución muy respetable  
ha resuelto publicar un número especial  
de su revista dedicado

a testimonios sobre el Che  
ahora que lo han muerto  
según dicen y Roberto  
Fernández Retamar íntimo mío  
pero más  
pedazo mío que anda por ahí  
por el Caribe formidable y  
fosforecente y amatorio y conspicuo  
Roberto como dije  
ha creído necesario que yo  
escriba algo sobre esto o tal vez algún otro  
creyó que así debía ser y pidió  
artículos poemas etcétera a  
colaboradores que  
se sentirán más miserables todavía  
si eso fuera posible si eso  
fuera posible en realidad

soy de un país donde te hago caso  
Roberto pero  
decime o dime por favor  
¿qué me pedís o pides?  
¿que escriba realmente?  
te doy noticias de mi corazón nada más  
¿alguno sabe en realidad  
cuáles son las noticias de mi corazón?  
¿alguno cree o creará que  
me he negado a llorar excepto  
con mi mujer o con-

tigo Roberto ahora  
que narro estas cuestiones  
y sé que la tristeza como un perro  
siempre siguió a los hombres molestándolos?

soy de un país donde es necesario  
no amar sino matar  
a la melancolía y donde  
no hay que confundir  
el Che con la tristeza

o como dijo Fierro  
hinchazón con gordura  
soy de un país donde yo mismo  
lo dejé caer  
y quién pagará esa cuenta  
quién

pero  
lo serio es que en verdad  
el comandante Guevara entró a la muerte  
y allá andará según se dice  
bello  
con piedras bajo el brazo

soy de un país donde ahora  
Guevara ha de sufrir otras muertes  
cada cual resolverá su muerte ahora:  
el que se alegró ya es polvo miserable  
el que lloró que reflexione

el que olvidó que olvide o que recuerde  
y aquél que recordó sólo tiene derecho a recordar  
el comandante Guevara entró a la muerte por su  
cuenta pero  
ustedes  
¿qué habrán de hacer con esa muerte?

pequeños míos  
¿qué?

(como nadie se salva  
entre paréntesis quiero  
no por noción de estupideces posiblemente a mí  
referidas  
tampoco por piedad o  
mera precaución  
esas carnes podridas que no pueden  
rezar a mediodía  
quiero como repito  
repetir una historia que no todos conocen y  
de la cual hay algunos que  
desconfían:  
el poeta que escribe su poema  
dejando en él la maravilla de  
la vida y la muerte del comandante Guevara  
ese porteño cordobés de mirada jodida  
como de dios como de dioses  
sorprensidos en medio de su milagro su  
bota podrida por la selva del mundo  
quiero decir que este poema o cosa

de la que hay que desconfiar  
en la que hay que creer  
no se termina en estas páginas  
amable lector le ruego  
que siga las noticias de los diarios  
de la sip y la sap —Sección Angustia

Perimida por ejemplo o  
Son Angeles Potentes

o  
Sobran Algunos Policías— ruégole gran lector  
que lea atentamente  
líneas de sangre que se escriben cada día en  
Viet Nam

y también en Bolivia qué joder  
y también en la Argentina  
caro lector yo le ruego que lea)

el comandante Guevara entró a la muerte  
y allá andará según se dice

sé pocas cosas por ejemplo sé  
que no debo llorar Ernesto  
sé

que  
de mí dependés ahora  
te puedo sepultar con grandes lágrimas pero  
en realidad no puedo

el poeta en realidad  
se abstiene de llorar se abstiene

de escribir un poema sea  
para la Casa de las Américas sea  
para lo que sea el poeta  
apenas si lloró en realidad  
sigue mirando el mundo  
sabe

algún día la belleza vendrá  
pero no hoy que estás ausente  
el poeta  
apenas sabe vigilar  
che  
guevara

ahora deseo un gran silencio  
que baje sobre mi corazón y lo abrigue  
padre Guevara ¿qué será de tus hijos?

¿por qué te fuiste hermoso  
sobre caballos de cantar?

¿quién habrá de juntarte otra vez?

## PALABRAS AL CHE

LEOPOLDO MARECHAL

CUANDO se haya redimido este ya largo deshonor  
que gravita sobre Latinoamérica;  
Cuando esta vergüenza sea lavada con el buen  
jabón  
que da la sangre de los héroes;  
Cuando la libertad no sea entre nosotros  
un giro en dólares y una ilusión tramposa,  
Entonces, compañero, se verá cómo un fénix  
puede resucitar de su acostada ceniza.  
Y no importa si el mismo sol alumbra por igual  
ahora  
la tumba de un guerrillero recién caído  
y la espada estéril de los tristísimos generales.  
¿De qué te indignas, hombre? ¿Por qué lloras,  
mujer?  
¿No sabías que un héroe debe morir y muere,  
como llevado por su hermoso viento?  
El héroe fue una instancia que no sabía dormir  
y un desvelo con la boca llena de clamor;

Un peligro, en suma, y una incomodidad irri-  
tante.  
Por eso, cuando el héroe sucumbe, los malditos  
en acto  
se alegran de frente  
Y los benditos cautelosos se duelen de perfil.  
¡Oh, Che, no soy yo quien ha de llorar  
sobre tu carne derrotada!  
Porque otra vez contemplo una balanza  
ya puesta en equilibrio por tu combate último.  
Y frente a esa balanza, diré a tus enemigos  
y los nuestros:  
“Han hecho ustedes un motor inmóvil  
de un guerrero movable”.  
Y ese motor inmóvil que alienta en Santa Cruz  
ya está organizando el ritmo  
de las futuras batallas.

<i>Julio Cortázar</i>	
Carta a Fernández Retamar .....	7
<i>Juan Gelman</i>	
Conversaciones .....	111
<i>Leopoldo Marechal</i>	
La isla de Fidel .....	29
Palabras al Che .....	123
<i>Dalmiro Sáenz</i>	
Cuba, ese país .....	61
<i>Francisco Urondo</i>	
Descarga .....	77
<i>José Vazeilles</i>	
Cuba, la perspectiva del proletariado ..	89
<i>Rodolfo Walsh</i>	
Guevara .....	107

Este libro fue compuesto y armado en  
LINOTIPIA PONTALTI, Fraga 49/53, e impreso  
en Talleres Gráficos GARAMOND S.C.A.,  
Cabrera 3856, Buenos Aires, octubre de 1968